

EL PEDA CUENTA EL CUENTO

Concurso estudiantil de narrativa
Convocatoria 2018



Dirección
de Asuntos
Estudiantiles

ÍNDICE

EL DIARIO DE UNA PRACTICANTE (PRIMER LUGAR).....	5
JAVIERA OLIVARES	
VÍSPERAS DE LA SANGRE (SEGUNDO LUGAR).....	10
PABLO MONTECINOS PÉREZ	
AJENA (TERCER LUGAR).....	14
FABIANA GONZÁLEZ TOLEDO	
REMINISCENCIA (TERCER LUGAR).....	15
ALEN FIGUEROA MEZA	
LA SANDÍA.....	18
MAORI PÉREZ	
VETAS DE UNA MALDICIÓN.....	21
ALEXANDER	
¿AMOR O INMADUREZ?.....	22
HÉCTOR GONZÁLEZ	
UNA DUCHA PARA EL CORAZÓN.....	26
JEREMY W. ZAMORANO RAMOS	
UN DÍA DE ABRIL.....	28
CONSTANZA AINSA ROA	
PLAYSTATION.....	30
MARIANA SOLER RUIZ TAGLE	
BAÑOS Y EL MÍTICO ALEMÁN.....	34
KATHERINE CIFUENTES	
ECO DE UN ADIÓS.....	36
MILLARAY MARTÍNEZ CRUCES	
LA CENA DE LA ALCALDESA.....	37
SOFÍA TEPLIZKY	
EL TANO.....	38
BÁRBARA GÓMEZ VILCHES	
EJERCICIO.....	42
GUSTAVO ESPINOZA HERRERA	
LA PAUSA.....	43
MOISÉS BERRÍOS	
LADISPUTE.....	45
ANDRÉS LATORRE	

Una vez me dijeron que a los 25 años la vida me cambiaría completamente, yo nunca le tome importancia a esa frase, hasta este momento. Hola soy una practicante de pedagogía básica y esta es mi historia. Siempre me he considerado una mujer respetuosa y educada, disculpen me presento, mi nombre es Violeta y como ya se pudieron dar cuenta estoy en la transición de los 25 años, en donde me siento adulta para las cosas que me convienen pero pequeña para tomar decisiones grandes en mi vida.

A mí nunca o bueno casi nunca me ocurrían cosas entretenidas, soy una chica de estatura promedio no soy alta ni tan baja, tengo la piel de tés clara, lo que si me diferencia del resto es que tengo los ojos verdes y soy rubia natural, si es cierto rubia natural... la única rubia de mi familia, algo que siempre he odiado y mi vida cambio cuando en la adolescencia descubrí las tinturas de pelo. Me lo he teñido de negro, café y últimamente incursione con el rojo, las razones son varias, traumas de pequeña, una visualización al mirarme en el espejo de un padre ausente, hasta prejuicio de asociaciones sociales de ser una mujer “tonta o superficial”, por el solo hecho de ser rubia.

Yo actualmente vivo con mi mamá, mi hermana y una mi prima. Más mis dos perros Blanco y el Gordo. Si, ya sé que están pensando que somos muchos en la casa y la verdad es que si, este caos se puede apreciar en las mañana cuando nos queremos bañar y debemos hacer turnos para lograr esta travesía de estar limpios y aseados para nuestras vidas. Con mi mamá nos llevamos muy bien yo soy su pilar fundamental y ella el mío, tenemos una relación única las dos, porque juntas hemos podido sortear momentos difíciles de dinero, separación, robos, etc. Les comente antes que tengo una hermana, la Fabiola, Fabi cuando estamos de amigas ósea nunca, si bien yo soy la hermana mayor ella siempre ha tenido mal carácter, y yo para no hacer enojar a mi mami solo me escondo en la pieza o salgo para evitar problemas. Bueno y me falta mi prima, la que se volvió indispensable en esta etapa caótica de mi vida, la Danitza, bueno la Dani, en verdad ella llego hace un año a vivir conmigo a Santiago y desde el primer momento yo me convertí en su mejor amiga, somos muy yuntas y sin ella no sé que hubiera hecho este último tiempo. Cierto aún no les cuento que me ha pasado, pero solo les anticipo que hay un antes y un después de mi persona, donde el punto de divergencia fue mi “práctica profesional”, si la tan aterradora práctica profesional que para mí fue una gran pero gran experiencia en todos los sentidos y cuando digo en todos los sentidos realmente es en todos los sentidos que un ser humano puede experimentar.

Como les comente al principio, estudio Educación Básica, seré profe de niños y adolescentes. Estudio en un lugar precioso con interminables pastos verdes, el Peda, yo amo mi universidad, me encanta ver esas grandes casonas que te reciben desde el primer día en que entras a ese lugar místico, en el cual he aprendido mucho de pedagogía, encontrado grandes amigas y no puedo dejar de lado los momentos de dispersión, comer papas fritas hasta explorar acompañando esos carretes eternos en los pastos.

Este año junto a mis mejores amigas la Alejandra y la Fernanda, empezamos esta aventura de la práctica profesional, las chiquillas son muy graciosas y apañadoras, para serles sinceros sin ellas no sé qué sería de mí, sobre todo ahora, tanto que en los momentos de



sinceridad comiendo papas fritas del kiosco siempre les digo que son mi ángel bueno y mi ángel malo. Dejemos en claro que la Ale es mi ángel malo y la Feña es mi tan amada ángel bueno, que sin ella yo creo que ya habría reprobado la práctica o me hubieran detenido los carabineros por daños a la moral.

Bueno no más preámbulos y les empezaré a contar todo lo que me ha pasado, antes de empezar mi práctica yo estaba inmersa en una relación amorosa de casi 6 años, si ya sé que van a pensar que casi andaba con el vestido de novia en la cartera, puede que el vestido no, pero si la casa propia. Mi novio es, bueno mi ex, es medico, sí, mega estudioso pero poco cariñoso, todo se derrumbó cuando él tuvo un viaje al extranjero por trabajo y de ahí nunca más volvimos a ser felices o mejor dicho nuestra relación se quebró.

Yo, como mujer luchadora empecé a enfrentar con mis últimas fuerzas este proceso que es tan importante en la vida de una profesional, la práctica. Con mis ojos verdes inundados en lágrimas me presente a la reunión previa que nos hizo la tutora de práctica para comunicarnos el colegio y el nivel a los cuales educaríamos, lo digo en plural porque con la Feña estaríamos en el mismo colegio, yo la verdad solo veía que mi tutora de práctica movía su boca hasta que la Feña me pego en una pierna y me dijo:

-Violeta, la profe te está hablando, pesca un poco la reunión, ¡es importante!

Yo solo dije “genial, estaremos juntas, eso me da más confianza”. Después de esa pequeña charla, viene aquella frase que dijo la Feña molestándome, pero que se hizo tan real un mes después empezar la práctica:

-“Violeta es un profe guía, como sabes si te resulta algo con él para olvidar”. Claro pensé yo, que quieres tonta.

A la semana siguiente empezaba mi práctica profesional. Ese lunes en la mañana como siempre no podía salir del baño porque sufro de indigestión cuando me pongo nerviosa, había llorado toda la noche, me desperté apenas para ir al colegio y solo atine a preguntarle a la Feña ¿Qué tal el profesor?.

Y la Feña me respondió:

-Es simpático Violeta, es medio loco para hacer las clases pero me ha tratado súper bien, hemos conversado ene y hasta ya me enseñó a usar el libro de clases. Yo creo que te llevaras genial con él.

Ese día lunes llegue corriendo a la escuela de práctica, porque vivo atrasada, la Feña no paraba de llamarme para saber dónde estaba, bueno logre llegar a la sala casi a la hora de entrada, la Feña tan amable me llevo hasta la misma sala, me presento al profe yo le sonreí. Ese día la Feña me espero para irnos juntas caminando al Peda, comentábamos en el camino lo loco que era el profe para hacer las clases, que era dinámico, un gallo genial en la pedagogía y que ambas pensamos que era gay, por los gestos y sus pantalones mega apretados. Bueno las primeras semanas de la práctica siguieron bien, mucha cercanía con los niños del 5 básico, buena onda con los demás profesores pero el punto de quiebre fueron las amadas fiestas patrias de nuestro país, en donde se puede decir empecé a zapatear en una fonda, sí es lo que estás pensando, zapateando en la fonda de mi profesor de práctica.

El primer paso obviamente lo dio él, si yo aún pensaba en el médico, bueno más que pensar, sufría por el desamor y lloraba como nunca lo había hecho. Hasta que el profesor, muy astutamente para el acto de fiestas patrias me empezó a sacar fotos con los niños de manera misteriosa, yo solo lo mire y pensé, ¿Qué onda este loco?, pero no le tome mayor importancia. Pero ese día al terminar la jornada de práctica, se me acerco y me dijo:



-Viole (sí, me dice Viole) te saque unas fotos con los niños, es que te veías tan linda con ellos, dame tu número para poder enviarte las fotos.

Yo casi como un zombie, agregue mi teléfono a su lista de contactos, me despedí de él y me fui. Sin imaginar que ese día en la tarde empezaría todo, todo con un simple mensaje de WhatsApp que decía “mira lo linda que te ves con los niños” y adjuntaba las fotos. Que siendo bien sinceros y objetivos, solo salía yo y las cabezas de los estudiantes. Sin pensarlo llame a la Feña para contarle lo que estaba pasando, porque necesitaba el consejo de alguien con buen juicio, que me digiera que hacer en esta situación, aparte que nosotras suponíamos que él era gay. Las primeras palabras de la Feña fueron:

-¡Qué!, pero Violeta, ¿porque le diste tu número?, si quería mandarte las fotos para eso existe el correo, es demasiada confianza que se hablen por whatsapp.

-Tranquila Feña, le respondí. Si es solo buena onda, para poder mandarme las fotos de los niños.

Y bueno desde ese día no pararon más los mensajes de celebración de fiestas patrias, que decían frases como: “aloquémonos juntos Viole”, “Salgamos a planificar a una fonda, ¿te gustaría?”, y yo petrificada al leer cada uno de los mensajes que me enviaba, pensaba este gallo estará curado, será una broma y después para no seguir calentándome la cabeza sola, llamaba a la Feña, para que ella me diera su opinión, sobre cómo responderle o que hacer. Al principio sí, lo tome como un juego pero después me empecé a confundir con el profesor, porque seamos sinceros en mi situación estaba muy vulnerable, entonces comencé a responder esos mensajes solo para seguir el juego o por el simple hecho de que encontraba tan fuera de lugar que en este momento de dolor tan grande para mí, llegara alguien a llenarme la cabeza de frases como “eres muy hermosa”, “aloquémonos juntos”, que me deje llevar por el momento.

Recuerdo ese lunes siguiente de aquellos mensajes de fiestas patrias, fue tan incómodo, porque su mirada penetraba en mí ser, tanto que me ponía roja y no soportaba mirarlo a sus ojos más de 10 segundos. En mí cabeza solo me repetía una y otra vez, ¡Que estás haciendo!, ¡Esto está mal, Violeta tú no eres así!, bueno la verdad es que las miradas se intensificaron tanto como los mensajes hasta que un día accedí a salir con él luego de la práctica.

Ese día cuando les conté a las chiquillas, la Ale me decía: ¡Alócate, Violeta este es tu momento, no tiene nada de malo deja de enrollarte! .En cambio la Feña me decía: ¡Violeta, olvídale es muy peligroso!.

Bueno en resumen, me junte con él, porque no sé, porque no tenía nada claro pero sí me hacía sentir linda, una mujer deseada y esas sensaciones no la experimentaba hace mucho tiempo, así que me deje querer y salimos. Fuimos a un local de comida cercano al colegio, me invito un lomo gigante, yo tratando de comerlo como una dama, me demore como 25 minutos y en mi cabeza resonaba la siguiente frase “¿Violeta, lo vas a besar?”, “¿En qué momento de la cita viene el beso?”. Bueno paso el tiempo terminamos de almorzar, caminamos a la micro y el caballerosamente me dejo hasta en el metro, previamente me acariciaba el cabello, se me acercaba en el hombro y definitivamente después de esa salida me confundí totalmente hasta ahora.

Ese día me baje del metro y llame al tiro a la Feña, le conté todo porque yo necesitaba que alguien me digiera si estaba bien o mal lo que había pasado o que podía empezar a pasar con él. La pobre Feña en ese momento ya se había resignado conmigo y solo me dijo:



- Si vas a salir con el profe, por favor ten cuidado y no hagas nada que pueda hacer que re-pruebes la práctica.

Esa misma semana salimos otra vez, el sábado a bailar. Yo me arregle como nunca, la Dani me maquillo y me ayudo a buscar la tenida más sensual que encontré en mi closet, porque esa noche estaba dispuesta a todo, mi corazón y mi cuerpo lo sabían, aparte que yo viviendo esta experiencia nueva, ya casi olvidaba toda la pena que sentía por el médico.

Nos encontramos en un bar, Él se veía minísimamente con una chaqueta de cuero, jeans y zapatillas, me abrazo tan galánmente, que fue en ese momento en que me dije a mi misma (¡Violeta, esta noche es tuya, deja tus miedos atrás y atrévete!). Busque una mesa al rincón del bar, porque yo sabía perfectamente que estaba desatada y lo que buscaba, entonces no quería que nos molestarán. Pedimos un terremoto de 2 litros para ambos y ahí entre conversa y conversa, sorbo a sorbo de terremoto nos dimos el primer beso. Un beso que de solo recordarlo se me eriza la piel, porque besa como los dioses y sus labios carnosos rodean mi piel de una forma que me lleva al cielo cada vez que me beso esa noche. Bueno el trago hizo lo suyo y yo perdí el temor, la vergüenza y el juicio, sin pensar medio segundo que al hombre que estaba besando con tanta pasión era mi profesor guía. Esa noche finalizo con caricias de amantes y una complicidad que nunca logre en casi 6 años de relación. Al llegar a mi casa apenas, de lo ebria que estaba, no sabía si estaba en la luna por el alcohol en mi cuerpo o por las interminables sensaciones que había experimentado con él.

Al día siguiente cuando desperté, tenía mensajes de él diciéndome: “Viole, lo de anoche fue maravilloso, nuestros cuerpos se conectan mucho, ojala lo podamos repetir”. Y yo pensando ¿que hice?, ¿con qué cara lo miraré el lunes?. Bueno ese fin de semana mi tan amiga Feña, me lleno de consejos en todos los sentidos pero yo estaba decidida a seguir con esto.

Ese día lunes luego de la salida al bar, la complicidad en la sala de clases era tanta que sentía que los niños desaparecían y quedamos solo él y yo. Tanto que algunos niños preguntaban, tíos porque se ríen tanto y bueno nosotros nos hacíamos los lesos. Ese día almorzamos con la Feña en el colegio, obviamente él se sentó a mi lado y tal como dice la canción de Luis Miguel, él, por debajo de la mesa acaricio mi mano y luego mi rodilla. Yo en ese momento me puse roja y luego nos despedimos como si nunca nos hubiésemos besado.

Esa noche me escribió un mensaje, el cual decía: “ya no aguanto las ganas de verte sin poder besarte en el colegio”, en ese momento solo pensaba que esto estaba mal, nos pillaran a ambos, él perdería su trabajo y yo reprobaré mi práctica.

Pero bueno la pasión en una mujer veinteañera y en un hombre de casi 30 años es tal, que nada importa cuando se desea a otro, y realmente el peligro le añade una picardía única a la relación, bueno a esta experiencia que no la olvidare jamás.

Así fue como un día viernes luego de terminar la clase, me comentó si lo puedo acompañar al laboratorio de ciencias a dejar un material, yo ilusa le conteste sí, no hay problema. Cuál fue mi sorpresa que al entrar al laboratorio del colegio, suelta la maqueta que llevaba en las manos y como de película me toma entre sus brazos y empieza a besarme con una calidez, que no me importo el riesgo que corríamos, si habían cámaras dentro o fuera del laboratorio, solo respondí a sus besos y caricias, cual fantasía erótica de Hollywood sin importar más nada. Nuestras caricias finalizaron cuando sonó el timbre para ir a la otra clase, ahí ambos nos acomodamos la ropa y salimos del lugar como si nada pasara. Solo que al mirar nuestros labios, rojos de tanta pasión, se delataba el encuentro que habíamos tenido dentro del laboratorio.

Y desde ese día, ese tipo de encuentros se hicieron habituales, ya sea en el baño, sala de clase



o casino durante el resto de mi práctica profesional, en donde más que aprender sobre los libros de clases, el contexto escolar, aprendí que siempre en la vida de una mujer llega un maestro que le enseña el arte de la seducción y a explorar su sexualidad sin miedo. Que el contexto colegio puede ser un espacio de mucha enseñanza como lo ha sido para mí, porque si el laboratorio, pasillo o sala de computación hablaran, contarían la historia de una practicante de ciencia que llegó como un simple espíritu en septiembre y que dejó este espacio educativo en diciembre como una practicante deseosa de seguir aprendiendo de la experiencia fogosa de su tan deseado profesor de práctica.



VÍSPERAS DE LA SANGRE

SEGUNDO LUGAR
PABLO MONTECINOS PÉREZ
CASTELLANO

We are the fossils
The relics of our time
We mutilate the meanings
So they're easy to deny

The Smashing Pumpkins, "Quiet".

He estado esperando todo el día. Las contracciones de Alexandra empezaron temprano, a eso de las seis de la mañana. Apenas pegué un ojo. Ahora estoy aquí, en la sala de espera del hospital, esperando, nada más que esperando. Me tomo un cappuccino de máquina. Sabe horrible y apenas me espanta esta modorra post-insomnio. Fueron más de nueve meses, casi diez, de esperar, esperar, simplemente esperar. Y todavía espero. Esta es la tercera vez en lo que va del mes. El doctor, un vejete calvo y escuálido como una calavera, nos había dicho que antes del dieciocho, Agustín ya estaría entre nosotros. Antes del dieciocho. A veces creo que la vida no puede ser más irónica o ridícula –o un poco de ambas en realidad-, pero, en fin, qué le vamos a hacer, dicen los conformistas. Hoy es veintidós de septiembre. Tengo apenas veintiún años y me siento un viejo de mierda. Nunca quise ser padre. Me golpeé con una piedra en el pecho (literalmente) y me dije cierta noche de parranda y borrachera: “no señor, yo jamás seré padre. Confórmate con ser tú –y sólo tú- el mío: yo no traigo hijos a este mundo”. Fue todo un escándalo y un hazme reír grabado con un celular y subido a las redes sociales con afán de prolongar para siempre la hilaridad de ese estúpido momento, pero sobre todo con el simple afán de joderme. A veces creo que la gente posee cierta clarividencia que se potencia cuando alinean sus mentes en algo. Se me ocurre entonces que todos mis “amigos” sabían que sería de los primeros en casarse y tener un hijo. No, pero yo no me voy a casar, eso sí que no. Ya es suficiente amarra un hijo y yo a Alexandra no la amo. Nunca la amé. O la amé a mi manera que por supuesto no tiene nada que ver con la suya. Para mí su “amor” no es más que hipocresía, rancia hipocresía social. Cuanta gente no va por la vida en medio de sus parejas –amantes, pololas, esposas, putas, incluso amigas y amigos- con las palabras “te amo” afuera de los dientes. Si es tan fácil decirlo. Mentir no cuesta nada. Estoy rodeado de mentirosos. En esta sala de espera hay más de uno. Una fachada, eso es todo lo que son. Míralos, sólo mírales las caras, los gestos. Ahí están los papitos con las abuelas y los tíos y qué se yo. Pero ahí están. Ellos, los papitos. Esperando, tan sólo esperando la gran noticia, el siguiente paso para avanzar en la vida. Ser padre, casarse, tener muchos hijos cosa que después cuando viejo a uno lo cuiden y lo entierren y lo lloren y después, adiós ya te olvidé o, espera, ya hace tiempo que te había olvidado, sólo cumplo con mi rol de ser un “buen hijo”, de comportarme moralmente ok en esta sociedad tan limpiecita, y enterrar decentemente a mi padre, porque mal que mal, fue por él que me trajeron al mundo, fue él quien me sostuvo entre sus brazos y me cuidó y, fuese como fuese, siempre hizo lo mejor que pudo. Claro, muchos dirán como mi mamá, que no fue más que un viejo borracho y violento, un maltratador psicológico y tantas otras cosas. Pero mamá, tú también amaste al viejo, tú viste en él lo que nadie jamás vislumbró en su efígie de veterano. Tú viste amor en él. Ahora no es más que un montón de huesos fríos, privados



de luz y oxígeno. No. Yo no quiero ser padre. Pero aquí estoy, esperando, esperando la noticia. Lo peor es que yo no la amo. Apenas me tengo un poco de cariño a mí mismo, ¿cómo voy a querer a mi hijo, de dónde sacaré amor para que después no me odie, pero sobre todo no se odie a sí mismo? No creo que le baste con las palabras tan generosas de su madre, porque qué decir de sus acciones. Con suerte le dará la mamadera. La abuelita quería un nieto. Ahí lo tiene, mamá, va a decir Alexandra, aquí tiene a su querido nieto para que lo crie. Pero no tiene ni que decirlo. Le bastará con ser ella misma, con ser madre a su manera tal como la suya lo es a la propia, para que ambas, madre y abuela, queden satisfechas. Me tomo el último sorbo del asqueroso cappuccino. Me pongo los auriculares y saco con cautela mi celular (aquí está lleno de flaites: no faltará el ratero que me fiche, como dicen ellos, para que después me asalten en la calle), lo desbloqueo con rapidez y deslizo los dedos sobre la senda pantalla hasta dar con la aplicación “play música”. Le doy touch al primer álbum (sólo tengo descargado dos): el Siamese Dream de The Smashing Pumkins. Se dejan sonar los redobles insidiosos de Jimmy Chamberlin y al instante el límpido riff de Billy Corgan, luego entra, casi con sigilo, el bajo con D’arcy Wrestry, por último, James Iha, entonces pareja de la última, rompe la ola con la distorsión de su guitarra: la vieja escuela, the old school’s Smashing Pumkins. La nota tónica: Mi, como en la mayoría de las grandes canciones. La canción: “Cherub Rock”, por supuesto. Me dejo atrapar, enervar, deslizar por el torrente de sensaciones dicotómicas que desata mi cerebro al procesar la música del “Rock del Querubín”. Qué es un querubín, me pregunto. Se me ocurre que es un niño ángel, nada más... pero, ¿qué es exactamente? No tengo idea, pero tiene su gracia. “Estoy escuchando la canción del querubín de Alexandra”, pienso y me sonrío de la estupidez que tiene ese pensamiento. Cierro los ojos y respiro, mejor dicho, aspiro cada nota, cada vaivén musical, la felina voz de Corgan: en este instante sólo puede existir un universo. Pero no, es imposible. Por más que trate de aprehender cada segundo de esta canción, algo se me escapa. No estoy aquí y tampoco ahí. Comienzo a sentir un filo de terror dentro de mi estómago. Abro los ojos y veo a todos esos padres, esperando ser padres o ya siendo padres y por un instante dudo de la realidad. Dudo de mis veintiún años, de la existencia de este horrible hospital, incluso dudo de los Smashing Pumkins. Pero nada. Es el insomnio y la ansiedad que me hace delirar. Logro contenerme. “Estas aquí” me digo mentalmente, pero una voz apenas audible, una voz sin lenguaje, de hecho, me dice, pellizcándome, que estoy a años luz de estar aquí. Nada. Es la falta de sueño, me repito. Entonces me levanto del asiento y me acerco otra vez a la máquina expendedora de café. Esta vez selecciono un mocaccino. La misma mierda pero con otro sabor. No, en realidad, este sabe un poco mejor. Al menos respiro un aroma a cacao, que por supuesto debe ser un químico, pero que para mí es la esencia de la calidez que tiene un verdadero chocolate. Cálido. Siento calidez al sorber este mocaccino. Entonces me relajo y la fatiga comienza a menguar. Ya no suena “Cherub Rock”, sino la canción que le sigue: “Quiet”. Sí, y es así como me siento, tranquilo, aunque ojalá estuviese dormido. No entiendo mucho inglés, a pesar de que casi toda la música que escucho está cantada en ese idioma. Sólo entiendo algunas palabras. De “Quiet” sólo descifro que alguien dice estar dormido y que lo ha estado por años y que se ha sentido desahuciado (helpless) y luego en lo que debe ser el coro, la voz dice “Be ashamed” (¿ten vergüenza? ¿Avergüenzate?) En fin, luego traduzco una mención a Jesús y todo lo demás se esfuma de mi retención. De momento, toda mi atención la ocupa el aroma, color y gusto del mocaccino de máquina que termino bebiendo.



do. De repente, miro la hora. Las 15:47. Casi no puedo creerlo. He estado esperando por casi nueve horas ¿Qué he hecho en todo ese tiempo? Nada. Pensar y pensar con lentitud. Sintiendo y pensando auestas. Evocando imágenes retorcidas de un tiempo remoto, pero, ¿existe acaso un tiempo remoto? ¿Acaso existe el tiempo? No, por supuesto que es una ilusión. Una ilusión tormentosa, pero ilusión al fin y al cabo. Sé que todo está confluyendo en una armónica sintonía, incapaz de ser concebida dentro las rígidas barreras de nuestra insignificante mente. Sé, por ejemplo, que ya he muerto y que ya he tenido cuatro hijos: un solo varón y tres mujeres. También sé que he sido abuelo y que he tenido una vejez tranquila, libre del mal habido alzheimer. Me divorcié de Alexandra y el único vínculo que me ató con ella toda la vida fue Agustín, nuestro único hijo. Mis hijas nacieron producto de algo más verdadero que el amor, jamás me separé de ellas ni de su madre. Pero fue la muerte, el tiempo, la ilusión, la que terminó separándome físicamente de esta última. Aun así, mis últimos años –viví veintitrés tras la partida mi compañera- fueron felices. Mis hijas me amaron con tanta intensidad que veces llegué a sentirme indigno de tales demostraciones. Me hicieron dudar de mi existencia y de que alguna vez amé. Pero ya en mi lecho, todo se había transparentado: podía ver la totalidad del río y la desembocadura de este en la inmensidad del océano, sabía que sólo debía dejarme arrastrar, que toda imagen de mi memoria sería borrada pero jamás arrancada y que algún día volvería para recordarlo todo, a través de la amnesia de volver a la vida, a desatar todo lo anudado en las anteriores, a completar lo inacabado y así sucesivamente, hasta morir y nacer repetidas veces en repetidos instantes y ser el fantasma viviente de una estrella apagada hace miles de años. Pausé la música. Sin darme cuenta habían pasado tres canciones más. La mitad de “Rocket” se estaba reproduciendo. Mucha irrealdad por hoy, pensé. Estoy aquí esperando a que me lo digan y me dejen entrar, si es que ocurre lo último. Esperando en mi propio útero de veintiún años. Y he visto los mismos rostros todo el día. Hay un tipo muy moreno que casi parece bronceado en un solárium, con una mujer cincuentona pero que aparenta ser de cuarenta. Él no debe tener más de veinticinco si es que no tiene menos y de seguro la mujer, que usa una tenida completa de blanco (debe hacer yoga), es su madre o la madre de la que lo será o ya lo fue. En cualquier caso esa mujer ya es abuela. Hay también un chico con acné en el rostro, vestido con buzo de colegio, no tiene más de diecisiete años. Él está con sus dos padres. Se ve tranquilo aunque no lo está, mientras sus padres dejan traslucir su nerviosismo. También hay una muchacha con ropa de calle, usa jeans ajustadísimos y una polera, también ajustada, negra. Ella está sola ¿está sola? No, creo haberla visto antes con otra chiquilla o con un hombre de mediana edad, no estoy seguro. Pero ahora está sola. Están todos los asientos ocupados y hay también mucha gente de pie, conversando. La mayoría personas de mediana edad. Hay sólo tres ancianas y un anciano sentados. De las tres ancianas, dos conversan ávidamente. Parecen buenas y viejas amigas. No deben ser familiares de sangre. De seguro son dos abuelas reunidas por un nuevo nieto o bisnieto. No sé. Apenas me interesa. La otra anciana dormita, rodeada por dos mujeres de mediana edad. Nada interesante. El único que rapta a ratos mi atención es el anciano, un viejo de facciones duras y de esqueleto altivo. Está sentado, pero da la impresión que estuviese de pie. Su postura es muy recta y apenas se mueve. No habla. Tan sólo escucha y asiente. Le rodean, a ambos lados, un hombre y una mujer, cuarentones o cincuentones. El que más habla es el hombre, parece estar dando cátedra de algo. La mujer asiente y a ratos contesta. No sé bien de qué hablan, porque sus voces se pierden en la densidad de las demás voces. Intento retener atisbos de sus diálogos, pero es inútil. No logro encontrar un sentido a esos pequeños extractos de



palabras y frases que retengo. “Pero así se va todo, en eso se va...” dice la voz masculina; “total, nada se regala si no se...” continúa la voz en medio del vocerío de voces anónimas. “Qué más da la cuestión, si ya tuvo su momento, ahora tiene que saber surgir”: una frase completa, creo, porque ahora la mujer asiente e inmediatamente le responde, pero el ruido me impide escucharla, además habla muy bajo, casi en un susurro. Sólo veo el movimiento de sus labios. Tiene unos labios gruesos y están pintados de rojo. Demasiado pintados. Pero son unos labios todavía juveniles en un rostro de mujer ya madura. Me recuerdan a los labios de una antigua polola, a la única por la que hubiese cedido mi filosofía de no ser padre. Hubiese sido un desastre, creo. Por algo terminamos. En realidad terminamos sucesivamente en una relación que se había tornado enfermiza. Pero fue ella la que se guardó el ultimátum. Jamás supe de ella. Simplemente cerró todo contacto conmigo. La busqué inútilmente. Supe que me tenía bloqueado en Facebook y que no quería saber nada de mí. Supe dónde vivía –con su nuevo pololo- pero jamás tuve el atrevimiento o el arrojo de aparecerme allí. Me parecía insensato... pero por otra parte... por otra parte necesitaba hablar con ella, a pesar de no saber con precisión qué. No era perdón lo que buscaba, era simplemente deshacer una fisura. Adherir el brazo roto de una figura de yeso. Despedirme de ella y olvidarla para siempre: romper la figura completa de una vez por todas contra el suelo, recoger cada pedazo y echarlo a la basura ¿tiene eso algún sentido? No lo sé, para mí quizás sí lo tuvo alguna vez. Ahora no, ahora nada tiene sentido. Soy un postmo más, já. Fui arrojado a esta esfera de tiempo y espacio, aglutinándome a la luz a través de tinieblas uterinas, sacado con fórceps de la matriz de mi madre. Ahora estoy aquí, viejo y cansado a los veintiún años de edad. Escuchando en todas esas voces la misma frase: “eres tan jovencito todavía, recién estás viviendo”. No, no tienen idea de lo viejo y agotado que estoy: ya he vivido demasiado. Tanto que ahora estoy muerto. He nacido reiteradas veces en el mismo destino: ser padre. Y nunca quise serlo. Y aquí estoy, anémico, entre la sangre primogénita, esperando, tan sólo esperando mi turno, una vez más.



Corrí hacia la pieza de mi hermana, el motivo: un mosco. El panorama, 3:14 de la mañana, domingo. Intentando lidiar con el zumbido de los mosquitos ¡Con lo que me cuesta callar las voces de mi cabeza los Domingos! Se entrometían ahora, los bichos. No es que los quiera muertos, lo que me desagrada es su composición, me es tan ajena, me asusta, los prefiero lejos. Igual que los pensamientos ansiosos que me surgen las noches de domingo. Domingo, implica quiebre, término, eso me asusta. Pero definitivamente la parte más dolorosa es cuando tengo que ir a la cama y luchar, luchar, luchar con la voz constante que infla mi cabeza, que se asemeja a un globo ¡y los globos estallan! Tantas noches de domingo preguntándome cómo debía ser, qué quería para mi futuro, situaciones vergonzosas del pasado, el amor intenso, fantasías y presunciones de mundos que no se concretan. Y es como cuando comes choclo, helado, puré, manzana, carne, pan dulce, pan tostado, empanadas, y luego te duele la guata, porque en el fondo sabes que ha habido intensidad en tu comida. La vida es intensidad cuando junto pasado, presente y futuro ¡Y me duele la guata! ¡Vivir me pone los pelos de punta! Y ese mosco, y esos mosquitos que me son tan ajenos. Sumado a esto, me molesta también estar en la pieza de mi hermana, porque tengo que estar quieta, paralizada, no como en mi cama. Pero de todas formas siempre se está mejor sin ese mosco. Panorama: 3:47 y aún no puedo dormir... ¿Cómo irá a estar la semana? En el fondo el domingo es como un purgatorio: La entrada a una semana paradisiaca o siete días infernales. Me cuesta, me agota tener que armar mi vida como si fuera un rompecabezas, como si hubiera un motivo, algo que juntar, algo que concretar.

Si estuviera en mi cama me podría ladear de forma estrepitosa, para sentir que de alguna forma silencio mis pensamientos con una posición más cómoda que la anterior, y así sucesivamente internarme en el ciclo de posiciones cómodas que terminan siendo incómodas. Me tranquilizo, no, intento tranquilizarme, una constante búsqueda del escape, el escape de mí. Y se me viene a la mente el negro, y me dan ganas de ser como él. Quiero mover la cola como un perro feliz, pero no tengo cola, ni soy feliz. Quiero recordar momentos en los que me haya revolcado en los misterios de alguien, pero no puedo, no me ha pasado. Quiero decir algo profundamente bonito, pero no tengo voz, ni pensamientos profundos. Quiero parecer tantas cosas que no soy, que solo termino siendo un anhelo constante sumergido en la indecisión.



REMINISCENCIA

TERCER LUGAR
ALEN FIGUEROA MEZA
HISTORIA, GEOGRAFÍA Y ED. CIVICA

No puedo distinguir nada más allá de mis propias narices. No sé por dónde voy, me siento solo, aterrado. Pero siempre me enseñaron a no demostrar eso, que aquello era incorrecto. Tengo que caminar hacia alguna parte, buscar ayuda, no entiendo que pasa, pero quedándome quieto no voy a lograr mucho, no hay otra opción más que avanzar, caminar de frente. Camino, entonces, hasta que algo me detuviera mi marcha, pero no pasa nada, no me encuentro con nada. Niebla, solo niebla, y algo de olor a humo, no hay nada más, lo que veo a mi alrededor es solo niebla. ¿Acaso me toparé con un muro o un poste si me movía de un lado a otro? Es sólo niebla y seguir caminando. No hay nada más. Al menos sé que el suelo era de concreto. Mi ropa sigue en mi cuerpo, por lo que sé que no es un sueño. Mi traje negro, mis zapatos negros, mi paraguas negro, mi maletín negro. Sigo caminando de frente, no me encuentro con nada, con nadie.

Ante la soledad, ante lo aislado que estoy, me es inevitable comenzar a meditar, me es inevitable imaginar mi mundo, mi vida, de todo. Recordar quizá a esas personas con las que me sentía cómodo, feliz por unos momentos, para luego dar paso a meses de incertidumbre, de angustia y desconexión. ¿Qué será de ellos? Estarán por acá, quizá también estén caminando de frente, buscando una explicación de lo que estaba sucediendo. O quizá alguien ya se sentó, esperando que alguien le diga qué hacer. Intento buscar mi teléfono, donde tengo algunas fotos con esas personas, pero no logro recordar donde lo dejé, y no lo siento en los bolsillos. La niebla pareciera hacerse cada vez más espesa, pero ya sin olor a humo en el aire.

Pienso mientras camino, sigo avanzando aun cuando los zapatos ya comienzan a hacerme daño. Sigo avanzando hasta encontrar una indicación. Esas personas me habrán querido alguna vez, o solo sentían lástima. Quizá me buscaban por otra razón, dinero. ¿Será el dinero? No debe serlo, no soy alguien de muchos recursos. Además nunca sentí eso de esas personas. ¿Me habrán querido? Recuerdo que me decían enciclopedia andante, mapa andante, tú que lo sabes todo... quizá sea eso lo que buscaban, un libro de consulta. Algo que usas y dejas, hasta que lo vuelves a necesitar. Tan terrible debe ser estar del otro lado y usar a una persona, o quizás no y por eso lo hacían con tanta normalidad.

Creo que también he sido así a veces, es una sensación extraña, de un peso que te cae encima. Quizá esas personas sólo hicieron lo que yo hice con otros en su momento. Es malo tener que hacer cosas así, una vergüenza. Suelo ser distinto, amable, dado a ayudar. Pero hay momentos en donde la rabia que me dan unos las descargo en otros. ¿Qué culpa tienen los últimos del daño que me hacen los primeros? Una vez recuerdo gritarle a un par de amigos sólo porque un ser querido me lastimó no haciéndome algo el día de mi cumpleaños. O el día que una chica



demonstró todo el odio que tenía contra mí el día de mi cumpleaños. Cosas malas pasan el día de mi cumpleaños. Lo odio.

Sigue la niebla espesando, pero lo siento cada vez más húmedo. Quizá esté lloviendo, en algún lugar alguien se esté mojando. Solo escucho mis pasos que doy con esos zapatos que tanto me lastiman. ¿Habré lastimado a otros? Mentido, cualquiera lo hace, pero lastimar son palabras mayores, de un calibre superior. Mi mente desvaría acaso con este silencio sepulcral. ¿Habré herido a alguien? Intenté ser siempre una persona correcta, pero recuerdo las veces que sentía que una persona entristecía a causa de algún acto mío. No quería lastimarlo, pero la situación ya era desesperada, no calzábamos en nada, discutíamos todo el tiempo y por cualquier cosa que no tenía sentido alguno. Pelear por la contingencia, por el almuerzo, por el postre, por un beso, por andar de la mano, por separarnos en las fotos, por salir, por no salir, por qué comer, por qué decir. Pelear, pelear, pelear. No había nada más que romper, separarnos. Y aun sentía que la estaba lastimando por no hacer nada para evitarlo. Luego vinieron las palabras por la espalda, la denigración, los rumores y las amenazas. Mientras que yo permanecía estoico, esperando que recapacitase un poco, que meditara como lo estoy haciendo ahora. Nunca pasó. Traicionó sus propios valores con tal de tener la razón. Los dinosaurios van a desaparecer.

Dejo de tener miedo, de sentir dolor, la niebla empezaba a despejar un poco, pero no lo suficiente para saber por dónde voy. Al menos sé que está claro, que hay Sol. Pronto, aun sin dejar de despejarse del todo, comenzó a correr un poco de viento, algo de brisa. Nunca me he sentido tan bien al sentir el aire rozar mi rostro. Siento que estoy en un lugar donde calzaba al fin. Siempre sentí que no calzaba, que no tenía con quien sentirme unido, ligado, complementado. No tenía a dónde acudir, cuando me sentía mal solía quedarme solo, masticándolo todo, comiéndolo todo de manera literal para intentar salir de esa sensación de tristeza, melancolía y soledad. Luego recuerdo que estaba haciendo antes de terminar aquí, pero no puedo recordarlo.

Recuerdo que estuve en cama, acostado, mirando por la ventana la ciudad durante días, lo que era una alegría para mí, me encantaba ver la ciudad desde aquella ventana, ver como todo se movía, cómo había vida en todos los rincones, las luces de la noche, la luz de neón, de LED, de los autos por las calles. Sacaba muchas fotografías, pero no tenía a quien compartirlas. Solo, incluso en pasión, incluso en lo banal. Solo. Comienzo a sentir cada vez más brisa en mi rostro, en mis manos, la brisa agitaba mis pantalones, me sentía más delgado, sentía que flotaba, ya no sentía el dolor de mis piernas. Todo era distinto de un momento a otro, como si algo hubiera cambiado mientras caminaba. Había olvidado que estoy caminando, me había hundido en mis meditaciones. Pero me siento mejor después de reflexionar caminando, pero ya comienzo a angustiarme otra vez, al ver que no hay fin en la caminata, que no distinguía nada. Grito, pero nadie contesta de vuelta.

¿Habrá alguien que quiera ayudarme en este momento? Pronto encuentro una reja, dorada, en medio de la nada. Y comienzo a rodearla, hasta encontrar una puerta. Pronto la encuentro y en la puerta, dorada y alta, un tipo en una mesa. Barbudo, ca-



noso, con lentes, con una computadora ochentera.

-Bienvenido amigo, has llegado al Cielo. Te ha costado un poco más llegar porque debías expiar tus pecados

Miro al sujeto, San Pedro.

-¡Espere un minuto! ¿Estoy muerto?



Buenas tardes, compañeros y compañeras del tercero básico, clase del 92 del Liceo 62 de La Florida. Me dirijo a ustedes, antes que para dar mi disertación, como un gesto que sirva para compararse con el presentador anterior, esto es, Domingo, quien asegura poseer la fabulosa habilidad de contar su historia de amor con Vania en 8 minutos, pero también respecto de Vania, cuya aburrida presentación de 9 o 10 minutos asienta las bases de la de Domingo y la mía. Debo anotar antes de partir, que mi historia de amor con Domingo no sólo puede contarse en menos de 8 minutos, sino que, literalmente, duró tan solo unos instantes: él me besó después de mucho insistirle, pero no le parecí muy emocionada así que intentó besar a Florencia, a quien despaché como una ninja para luego volver a besarlo, a lo que Domingo respondió besando a Francisca cuando yo no lo estaba mirando, lo cual es bastante difícil de lograr porque lo único que hacía yo, cuando lo cotizaba a Domingo, era mirarlo, admirarlo y comérmelo con los ojos. Más tarde, nos volvimos a ver en el patio de juegos de esta maravillosa institución, y debo haberle escrito unas quinientas notitas en clases, que hube de enviar en el formato de aviones de papel hasta su puesto, pero como nunca tuvieron mayor respuesta (alguna vez me dejaría un verso tan elegante como “tengo sueño”) y como ninguna de mis tretas y artimañas para engatusarlo cuando nos veíamos en el recreo llegó a tener éxito, me vi obligada a darle fin a mi asunto con él.

Sin embargo, esta presentación no tiene nada o casi nada que ver con amor, y su extensión, con mesura o lo contrario, no pretenden más que dar registro del olvido, un olvido que, por geometría, tal vez sea eterno.

Partamos por la escena en específico del día después de quedarme claro que lo nuestro c'est fini. Lo recordaba mágico a Domingo, lo idealizaba, no fue hasta mucho tiempo más tarde que empecé a reconocer sus siniestros mecanismos, su falsedad.

Había llorado toda la noche contra mi almohada, y esos chillidos deben haber alertado a mi papá, quien entró a mi pieza a despertarme para ir al liceo.

-¿Quieres chocolate?

-¿Chocolate caliente o un chocolate?

-Las dos, no es necesario elegir.

-¡Ya!

A medida que tomaba y comía se me iba borrando el Domingo perfecto, el inalcanzable, y agradecida, no dejé sin atender el dato que al pobre Domingo se le había muerto hace poco su mamita, mientras que yo tenía a mis seres amados vivitos y coleando, aunque sí recordaba haberle prestado mi ejemplar de “Mi madre” de Richard Ford, posiblemente el único momento en que lo hice feliz, aunque yo no tenía ni idea de que a Domingo le pasaba lo que le terminó por pasar. Desgraciadamente, en el bus que nos venía a recoger para llevarnos a clases, el conductor, el tío Sergio, tenía puesto en la radio a Camilo Sesto, que era tan parecido con Domingo, y para cuando ya estábamos colocados en nuestros puestos en el salón, Domingo a un lado, yo en la esquina inferior izquierda, me había vuelto a latir por el sujeto.

Volví muy desconsolada a casa, y ninguno de mis padres, mucho menos mis hermanos, sabía lo que me pasaba, y yo no quería atreverme en vano a contarles, así que me dirigí, valiente e inevitablemente, a la autoridad.



-Mamá, ¿qué se hace para olvidar un amor siniestro?

-Déjame que consulte. Muy bien. De acuerdo a Jodozambra – mi mamá leía mucho al famoso psicólogo chileno radicado en Alemania, y para estos menesteres siempre extendía pausadamente las páginas de “Autoayuda Feminista Light”, su opus -, tienes que comer con pasión una sandía partida en 4, luego coses con cables la cáscara de la sandía, como si nunca la hubieras abierto, y la tiras al mar.

Así que fui a la calle Infante, a la verdulería, y le pedí una sandía fiada al verdulero. Caminaba con secreta emoción las pocas cuadras, imaginando que por fin sería libre del maleficio, es decir, con emoción y sobre todo con la certeza absoluta en torno al término, porque una esperanza que va a fallar, como lo que tenía con Domingo, es diferente, y abrazaba mi sandía como un peluche, tal vez nostálgica, melancólica y un poco con hambre, porque había guardado el hambre del almuerzo para cuando me comiera la sandía.

Mi hermana (tengo un hermano y una hermana) se acercó a mi puestito en el patio, donde había situado la fruta y el cuchillo.

-¿Qué haces?

-Me como una sandía.

-Eso está muy bien. ¿Dónde anda Ignacio?

-No lo he visto.

-Ah, bueno.

La partí en 4 a la sandía, y a continuación un suspenso, un susto, o puede que una ironía del destino y la casualidad: el corazón del fruto estaba cubierto por una fila tela de hongo. Me la comí igual.

A los 5 minutos, me encontraba en el baño, vomitando el alma. Entró Ignacio a sujetarme el pelo, y en eso, que duraría no más de un cuarto de hora, me preguntó:

-Julia, ¿has visto a la Camila?

-Teh abraba bushfando.

-¿Ah, sí? Vaya.

Me instalé nuevamente en el patio, ya repuesta, y con suma determinación, armada de los cables que mi papá guarda en la pieza chica, me puse a armar de vuelta la sandía, esta vez completamente hueca por dentro. Creo haber visto en una película una escena con tanta determinación en el ensamblaje de un objeto. El actor o la actriz desarticulaba un problema, mientras un reloj hacía tic tac, de fondo una música de suma concentración.

Salí por la tarde noche, pequeña ante el adulto del metro, que observaba con desgano o no observaba en absoluto a la niña de 9 años y su sandía de cáscara y cables. Ya era de noche pero todavía no cerraban cuando llegué a Quinta Normal.

Un viejo, vagabundo o borracho, en una de las bancas conversaba con un perro. Un par de chicas lesbianas fumaban “sucio” en una de las góndolas sobre la laguna. La Quinta estaba oscura, y fría, era el escenario adecuado para aniquilar el fantasma de un amor.

Dejé la sandía a un lado, me subí los pantalones, la tomé y me arrimé a la orilla de la laguna.

-¡Vete al infierno, Domingo! –grité, y lancé la sandía al agua.

Pero como debí haber calculado, el fondo no quiso reclamarla, y la sandía flotó.

Así que me metí a la laguna, si, de cualquier modo, no era tan profunda y se podía caminar lo más bien, y empujé la fruta hueca hacia el fondo... Pero volvió a flotar.

Busqué una piedra grande, una de tantas que hay al fondo de una laguna, la saqué con



toda mi omnipotencia de fanática incipiente del voleibol, y la puse como tope, encima de la sandía. Pero por desgracia, la pieza cayó por el costado de su superficie ovalada, y la sandía volvió a flotar.

-¿¡Qué mierda tienes adentro!? ¿¡Gas!?

Corrí al sector de bosque de la Quinta (no sin caerme y arañarme las rodillas), agarré el palo más grande que pude encontrar y soportar, y me lancé a darle de palos a la jodida sandía, hasta que la partí en 4, en 8, y hasta en 32 pequeños pedazos. Hacia el final, solo pegaba en el agua, y el viejo borracho y vagabundo de la banca me aplaudía, emocionado, por el colérico espectáculo.

Me fui llorando, abrazada a mis piernas, en el camino de regreso, en el piso del vagón. Y esa noche soñé que comía muchas, muchas naranjas.



VETAS DE UNA MALDICIÓN

ALEXANDER
FILOSOFÍA

Las noches nos vieron amanecer en el sudado calor de sexo de toma, lo que comenzaba por ese irrefrenable gusto por el polvo pasajero, en el bermejo preámbulo de las tardes, en el desvarío de la sexualidad tántrica universitaria, derivó en eso que deseamos evitar que pasara, cruzamos la cuneta que bifurca entre lo pasajero y lo perdurable, puede que un mismo camino. Cuando en más de una ocasión nos desvestimos con tal de hallarnos, el braille tegumentario, el impulso violento que nos atacaba cuando la falta de nosotros nos pidió con más ganas de lo común, de besos que se buscan a tientas como sombras haciendo un solo cuerpo. Ella descubría el mancebo que le clavaba la cintura y pedía urgente, yo descubría el mapa que dibujaba las cicatrices de una maternidad adolescente, la reciprocidad tiene nombre de beso, los besos el gusto alcalino, tu boca cuerpo a granate que atragantó la carne viva. Podía envolverte, sujetar el crin escarlata, embestirte en el ímpetu que nos exigía la ocasión, mordernos en sutil indulgencia, nos faltó el aire. Entrar, salir, buscar, encontrarnos. En ocasiones dispersados por el desalojo inminente, atentos al brazo policiaco que deambula la estepa pedagógica, en otras despertando cobijados en el acurrucamiento del mañoseo casi gatuno, aliciente invierno que nos vio despedir la movilización. El tiempo, la compulsión responsable hizo derruir nuestro espacio, no nuestra lucha. Lo había olvidado, éramos clandestinos, ese enunciado ante el mundo tenía una amenaza, felicidad, que tiene suerte a peligro, impertinente los deseos que nos jugaron esta pasada, caminamos y a la distancia pareciera que el grito que nos llamaba fuera más fuerte, ahora dos foráneos, “dos desconocidos que se conocen muy bien”. No lo ignoramos no fuimos los únicos antes de nosotros, aun así nos dispensamos de ese cariño que a veces se nos hace tan escaso, de algún modo ya lo sabíamos, hay que hacernos los ciegos, mirarnos nos traería de nuevo.

La culpa tiene razón de pecado. Abandonaste, en el flagelo de la penitencia que te hizo sentir bien. Que nos hizo sentir. Optamos por la prudencia, el aire tiene un soplo decaído, las hojas el bamboleo triste, que reconoce la soledad del obituario de los amores idos. Lo demás sigue igual, solo que llegaron los mechones. Mis compañeros, el vino y las chelas, quemando vicio, vacilando el ritmo que suelte el parlante más a mano, la tertulia lana al son del djembe, el freestyle dispara letras rap santiasco made in chile, el chuteo a toda cancha, el ebrio vacilón que los deja en el trance pijo atenuando el día, bueno, y yo me volví acordar de ti.



¿AMOR O INMADUREZ?

HÉCTOR GONZÁLEZ
INGLÉS

Es doloroso cuando la vida nos muestra cómo una persona que siente mucho afecto por ti deja de quererte de un día para otro. Luego, te desprecian y te esquivan diciendo excusas como "hablemos más tarde".

Tal vez esto sucede porque algunas personas no entienden lo que otros pueden sentir en su interior ni conocen su situación personal actual y, a veces, no se dan cuenta de que el daño emocional podría ser irreversible. Todo esto le sucedió a un adolescente inmaduro. Este joven, Felipe, era un estudiante de 17 años. Era muy tímido, aislado, y no estaba preocupado por lo que sucedía en su entorno en su salón de clases porque encontraba a la mayoría de sus compañeros aburridos y desagradables. Además, la escuela secundaria a la que asistía estaba diseñada para estudiantes que vivían en la pobreza y estaban en riesgo social. Su única preocupación era obtener excelentes calificaciones en el ramo del inglés para tener un progreso y desarrollo sobresalientes en ese idioma. Siempre trató de hacer que sus profesores de inglés se sintieran sorprendidos e impactados, incluso utilizando otras habilidades, como su llamativa escritura a mano.

Sin embargo, su actual maestra de inglés, Betty, se fue de su escuela secundaria porque era una maestra sustituta que reemplazaba a la maestra original llamada Viviana, una mujer de 29 años con una personalidad fuerte, esperanzada y llena de sueños. La razón principal de su ausencia fue que Viviana estaba embarazada y disfrutando de su postnatal.

La semana siguiente, Viviana llegó a la escuela secundaria para comenzar sus clases después de mucho tiempo. Felipe se sintió disgustado por su nueva maestra. Era hostil y desagradable desde el principio, con respecto a su forma de ser.

Felipe no estaba interesado en ella todavía. De hecho, Viviana era antipática con él. Independientemente de esa situación, él todavía quería impresionarla con sus notables habilidades en el idioma inglés. De hecho, pensó que tal vez podría obtener algo de respeto al demostrar sus calificaciones excepcionales en el tema, pero ella seguía teniendo la misma actitud hacia él y hacia todos los demás.

Un día, Felipe estaba sentado tranquilamente en la sala de clases. La clase de inglés estaba terminando y Viviana le pidió que limpiara algunas partes de la sala, pero de manera imperceptible, Felipe no pudo escucharla y se quedó sin hacer nada. Entonces Viviana le gritó: "¡Oye, ordena los libros y limpia este desastre!" Inmediatamente ordenó su escritorio y recogió toda la basura que había en el suelo. En ese momento, Felipe se sintió tan triste por la forma en que Viviana lo trató y pensó que le causó una impresión decepcionante.

En los primeros días, se notó que había un clima amargo y frío entre Felipe y Viviana. Cuando Viviana hizo sus primeras clases, su actitud con los estudiantes parecía no estar interesada, como si hubiera perdido la voluntad de vivir y enseñar. Más tarde, Felipe se preguntó por qué ella tenía que meterse en su vida, sintiendo que no debía estar allí, enseñando, y afirmó que Betty era la persona adecuada para guiarlo en su progreso en inglés. Era tan encantadora y serena, y cuando Betty estaba a cargo de la enseñanza del inglés, hizo que Felipe pensara que era un genio en lo que respecta a su desempeño en sus exámenes.

En su casa, Felipe se sintió tan triste y apenado por la pérdida de su antigua profesora. Esto le hizo reflexionar sobre la posibilidad de haber vivido los mejores momentos de su vida con Betty, pero nunca se dio cuenta de que había tenido esa oportunidad realmente.



Por las noches, sus ojos estaban inundados de lágrimas, mojando las almohadas y el colchón donde dormía, asumiendo la sombría realidad de que Betty nunca más volvería a su vida.

En los últimos días del año, Felipe aprendió a vivir sin Betty y se fue acostumbrando poco a poco a la presencia de Viviana. No sería fácil ya que Felipe tenía emociones profundas y Viviana parecía muy superficial. En ese momento, su progreso en el idioma inglés no sería una preocupación principal para ambos. Felipe siguió haciendo su vida normal y también Viviana. A medida que se veían las caras de los demás en cada clase, se iban conociendo cada vez más y Viviana se acercaba más a Felipe y al resto de los estudiantes. Luego, comenzó a ver muchos atributos que no había notado de ella. Desde entonces, su profesora de inglés también se dio cuenta de las características particulares que tenía Felipe (encerrado, aislado, tranquilo, etc.).

Era el final del segundo semestre. Felipe y Viviana todavía se veían como maestra y estudiante, aunque esta vez, comenzaron a tener una estabilidad estable. Felipe ya no se sentía molesto con la nueva maestra y aceptó toda su forma de enseñar, incluso Viviana hizo algunas bromas con los estudiantes. Sin embargo, en el próximo año, muchas cosas cambiarían entre ellos.

Felipe paso a 2º medio de educación media. Viviana volvió a ser la profesora de inglés de ese grado. Esta vez, ella mostró más simpatía y cercanía con todos. Las razones principales en su cambio de emociones y actitud eran desconocidas, pero se suponía que ella finalmente supo cuidar de su primer hijo, ya que a veces, estar embarazada conlleva demasiadas complicaciones, especialmente las psicológicas.

Las clases eran normales. No pasó nada con respecto a Felipe, excepto que no obtuvo el primer lugar en la primera prueba de inglés del año. Viviana le puso un 6.0. Fue segundo contra un compañero de clase que nunca había tenido un excelente desempeño en una prueba y obtuvo un 6.5 (siempre obtenía 5.5 y 5.0). En este caso, Felipe se sintió decepcionado ya que siempre había sido el primero en todas las evaluaciones en el tema de inglés, pero esta vez, vio esta ocasión como una falla, aunque no fue una extrañeza para Viviana. De hecho, para ella, todos los estudiantes eran tan inteligentes y sobresalientes como Felipe.

Sin embargo, el tiempo pasó. Viviana comenzó a trabajar en sus actividades en clase más con videos y fotos que con la pizarra, así que tuvo que traer una computadora portátil y un proyector. Ella necesitaba ayuda para sostener ambos objetos, y Felipe a menudo era su asistente. Además, en esos momentos en que la ayudaba a mantener sus cosas, aprovechaba esos instantes para hablar con ella sobre temas como el ocio, la sociedad, los eventos en la escuela, todas esas situaciones en las que ambos estaban involucrados. En consecuencia, Felipe se acercó más a su maestra. La relación profesor-alumno se estaba convirtiendo en una especie de amistad entre ellos. Como resultado, sería más visto por Viviana como una "mascota del profesor".

Hubo un nuevo y emergente período en la vida de Felipe gracias a Viviana. Como resultado, él se había sentido más interesado en otros temas como estudiar más y conocer a sus otros maestros. Aunque en el caso de sus compañeros de clase, no hubo cambios en las relaciones. Además, cuando volvió a casa de la escuela secundaria, ya no sentía soledad ni melancolía. El entusiasmo se apoderó de él sin importar los malos acontecimientos que podrían suceder, como los problemas de su madre o los traumas de su pasado sombrío. A Felipe le estaban ocurriendo muchos cambios beneficiosos y no había excusas para evitarlos.

La vida lo trataba como la mejor persona en la tierra. Felipe estaba tan alegre y esperanzado,



algo que no era tan regular en su vida. No obstante, el destino lo pondría en situaciones difíciles que le hicieron reflexionar sobre sus sentimientos reales sobre ciertos temas.

Un día de octubre, Viviana no vino a la preparatoria. Inicialmente, a Felipe no le preocupaba esto, aunque era una prueba de inglés que se cancelaría. Sin embargo, recibió malas noticias de un maestro de educación física: Viviana no iba a hacer clases durante 2 semanas debido a un accidente automovilístico. Las causas de su accidente fueron que Viviana usaba sandalias. Mientras iba manejando, intentó frenar pero sus sandalias se trabaron en el pedal del freno y no alcanzó a detener su auto cuando la luz estaba en rojo y chocó contra otro auto. Sufrió un golpe fuerte en la cabeza lo cual la hizo estar con un largo reposo. Felipe estaba tan destrozado por las noticias y pensó "¿por qué yo?, ¿qué hice para mantenerme alejado de mi cosita hermosa?"

Entonces él empezó un largo viaje emocional. Los días se convirtieron en noches para él, notando que estaba rodeado por la oscuridad, como si fueran el inframundo. En cada momento, Felipe pensó en Viviana por las noches que lo deprimía mucho. "¿Por qué no puedo ver a Viviana? Creo que no sabía cómo aprovechar su presencia ni admirar su forma de ser. Las muchas veces que me saludó durante los recreos con ternura y las veces en que me habló con su voz de bella princesa. Las muchas veces cuando ella, me dio mucha felicidad y no podía darme cuenta de que yo estaba feliz" reflexionó Felipe. Durante este largo viaje a través de la tristeza y la nostalgia, tuvo la idea de decir que la extrañaba mucho cuando volviera a ver a Viviana.

Dos largas semanas después, Viviana regresó a clases sana y salva después de ese terrible accidente. Felipe se sorprendió por la forma en que ella se vistió de púrpura. Cuando las clases terminaron, Felipe la ayudó a sostener algunas cosas y, en esa ocasión, le dijo "Te extrañé mucho" y Viviana dijo "¡Oh, eso me hace muy feliz y contenta!"

Desde entonces, Felipe tuvo sus primeros sentimientos románticos hacia Viviana. Él había creído que toda la amabilidad, la dulzura y la atención que recibió de ella fue la señal para tener una relación sentimental. Además, había sensaciones emocionantes cuando él miraba su cuerpo. El hermoso cabello negro, los ojos marrones, la cara redonda y bonita, y un cuerpo delgado eran atributos que Viviana tenía y la hacían tan deseable para Felipe. Luego, en el 11º grado, Felipe comenzó a decirle halagos y piropos a Viviana y ella vio estas situaciones como algo normal. Primeramente, Felipe le conversaba sobre distintas cosas como siempre, incluso le hablaba sobre ciertos problemas personales que él tenía y la acompañaba hasta la sala de profesores. Una vez, hasta él le regaló una caja de chocolates para el día de la madre y otra como un simple gesto de cariño hacia ella, pero algunos días después, Viviana notó que Felipe empezaba a tener un comportamiento extraño y sentía que su espacio personal estaba siendo invadido.

Un día, como siempre Felipe iba a juntarse con Viviana después de sus clases, pero ocurrió algo inusual. Cuando le habló a ella, le dijo "después hablamos". Esto era una sola mera casualidad para Felipe ya que creyó que lo dijo por estar ocupada. No obstante, en los siguientes días, Viviana volvió a decirle la misma frase a Felipe una y otra vez. Felipe ya estaba pensando en que algo raro estaba pasando. Cada vez que le hablaba, Viviana se alejaba de él. En una mañana, Felipe le quería regalarle un dulce a Viviana, pero ella lo rechazó diciendo "no acepto regalos de mis alumnos". Felipe se sintió muy desesperado por todo esto y decidió seguirla detrás hasta la sala de profesores sin que ella se diera cuenta. Lo hizo para sentir que Viviana aún estaba al lado de él, caminando juntos como



siempre, sin inquietudes ni problemas que pudieran interferir en sus vidas, pero esto sólo era una ilusión en la mente de Felipe.

Finalmente, Felipe ya no podía hablar con ella ya que Viviana se mantenía alejada de él. En esos momentos, había sido ignorado por ella. Se notaba cuando la saludaba y la maestra no quería prestarle atención. Felipe se sintió sumido en la tristeza al ver cómo las posibilidades de tener una vida entera con ella caían debido a su inmadurez, sin pensar en las dolorosas consecuencias. A Viviana no le importaba lo que a él le pasara en ningún sentido. De hecho, ni siquiera lo notaba. Solo trataba de vivir su vida y dedicarse a las clases. Mientras tanto, Felipe caía en una muy fuerte depresión ya que la única persona con la cual él pudo relacionarse profundamente ya no está al lado suyo. La relación entre ellos nunca más volvería a ser la misma.

Los meses pasaron y ya se había terminado el año. Viviana se iba a ir de la escuela ya que extrañaba mucho a su hijo y su familia que estaban en Temuco. Felipe, ya en 4° medio, se iba a sentir aún más depresivo. Cuando se fue a despedir de ella, solo le dio un pequeño abrazo a Felipe y se fue. Felipe aprendió a vivir sin ella a pesar de que algunas veces la extrañaba mucho, pero se le pasaban como todo dolor. Un tiempo después, él tuvo una nueva amiga con quien compartir y llenar ese hueco que Viviana le había dejado. Un año después, Felipe le escribió a Viviana por Facebook saludándole y contándole sus progresos y logros, pero ella después lo bloqueó de su cuenta, dejando a Felipe una vez más ignorado, aunque finalmente, a él ya no le importaba eso.

Tanto Felipe como Viviana tuvieron la culpa porque ninguno de ellos pudo medir sus emociones. Por un lado, Felipe se confundió realmente con las emociones y la actitud que percibía de su profesora. Por otro lado, Viviana debió haberle explicado a Felipe el error que realmente había estado cometiendo en lugar de evitar sus saludos, el cual era tan irrespetuoso y considerado de su parte.

En el presente, Felipe aprendió que es esencial conocer las cualidades profundas de las personas en lugar de ser hipnotizado por los atributos de una apariencia hermosa. Todavía es un adolescente aislado, pero con una amiga que lo aprecia como es. Ahora puede establecer mejores relaciones, actuar con madurez y generar vínculos más profundos gracias a los errores sentimentales de Viviana y los de él.



UNA DUCHA PARA EL CORAZÓN

JEREMY W. ZAMORANO RAMOS
MÚSICA

Una Ducha para el Corazón

Existe más de una manera de tomar una ducha. Algunos prefieren que sean efímeras y económicas. Otros cantan y miden su tiempo en la duración de las canciones que pasan. Y finalmente están los que optan por tomar duchas algo extensas y reflexivas. Personalmente, soy de los que toman la última opción. Me encantan esas duchas, sobre todo en invierno, en donde todo está gélido y el lugar más cálido en el mundo es en esa tina. Con el vapor consumiendo todo el espacio de la habitación, y haciendo que las paredes suden. Lleno la tina y me siento mientras dejo el agua corriendo un rato más entre mis pies. Me pregunto si acaso alguien más ha pensado que tomar una ducha es algo que se asemeja bastante a tener una relación. Ya sea seria o pasajera, ambas pueden representarse en un baño que te hagas. Imagínate, es invierno, de noche. Estás en tu casa. Ya te vas a acostar luego de un largo día. Pero antes debes darte una ducha. Toda la habitación está helada. Las paredes resaltan aquel tono frígido. Necesitas calor. Necesitas amor. Te desvistes. Sientes aún más frío. Aún más necesidad de cobijo. Quedas desnudo frente a la tina. Le demuestras tal y como eres. La miras de forma deseosa. Abres la llave esperando que salga aquella agua tórrida. Das el primer paso esperando a que responda tu sinceridad. Todo es un enigma que puede ser eterno, hasta que el líquido haga su entrada esperada y comienza a ocupar el espacio de la tina. Comienza a contarte de ella y cada vez te vas llenando más de su información y de razones para anhelar su compañía. Algunas gotas te salpican en el cuerpo. Tu piel se estremece. Sientes el contraste de temperaturas. Sientes la diferencia de estar solo a estar con alguien. A simple vista todo parece algo banal. A la vista del exterior nada parece importar. Entonces te decides por introducir tu pie. Dar el primer gran paso. Al sentir tal calidez todo te resulta más fácil de continuar. Al principio sentirás un pequeño piquete, pero es solo la transición. Tus pies ya disfrutan. Ya probaste lo que algunos llaman la primera impresión. Ahora debes proseguir para no congelarte. En frente de tus ojos cae aquella cascada cálida. No lo piensas dos veces al sumergirte en ella. Sientes como se desliza por tus cabellos, tu espalda, tu pecho, tu estómago, tus muslos, tu traste, hasta llegar al mar que se está juntando ahí abajo. Te emocionas al sentir la sensación de calor en todo tu cuerpo, y de percibir el agua subiendo por tus piernas. La tina se va llenando. El amor va aumentando. Ya lo tienes estable. De vez en cuando te alejas de la cascada y te echas jabón por todo el cuerpo. Desde ahí puedes observar como la habitación comienza a transpirar. Puedes observar como tu figura humedece. No pasas mucho rato fuera y te vuelves a introducir. Ya no quieres dejarlo. Cuando ya es suficiente, cuando la tina ya está casi llena, detienes la llave. Cierras la cascada. Es el momento de regodearse con lo conseguido. Te sientas en la tina llena de agua caliente. Te recuestas. Te sumerges en todo su esplendor. Cierras tus ojos y disfrutas. Algunas partes de tu cuerpo quedan fuera, pero la compensación es totalmente suficiente.... por ahora.

Estás tan a gusto por un tiempo. Pero lamentablemente empiezas a sentir que el agua comienza a entibiar, comienza a helarse poco a poco. Tu cuerpo se arruga despacio. Comienzas a cambiar. Comienzan a cambiar. Esa es una señal de volver a encender la llama; algunos vacían un poco la tina y la rellenan con agua caliente nuevamente, para poder disfrutar un poco más. Pero nada los va a alejar de lo inevitable. La otra forma es levantándose lentamente. Sentir como las gotas se resbalan por tu cuerpo. Enciendes la llave por



última vez y dejas caer el salto sobre tu cabeza. Desesperado por otra oportunidad de sentir aquello. Pero al mismo tiempo ya sabes que todo va acabar. Que la ducha está por terminar. Deseas estar ahí por siempre, pero sabes que no es viable. Comienzas a pensar en cómo estabas antes de introducirte en todo esto. Esos recuerdos te aferran a no abandonar la ducha. No quieres volver a sentir ese frío, pero no tienes otra opción; el tiempo no perdona. Retiras el tapón de la tina y detienes la llave. Notas como el agua se va entre tus piernas. Notas como se va. En espiral, formando un tornado sumergido, hasta que no queda nada. Nada más que tú. Húmedo. Con gotitas en tu cuerpo. Gotitas que son los recuerdos de aquella ducha. El momento lo sientes eterno. El lugar aún sigue denso por el vapor. A momentos te sientes sofocado y abres la ventana para dejarlo ir. Después de eso ya es casi espontáneo agarrar tu toalla y secarse las gotas. Borrar los recuerdos físicos, esos regalos tan reconfortantes; ya no más. Poco a poco, mientras secas tu cuerpo, sientes como el vapor tibio abandona la habitación. Te apresuras para no estar ahí en el momento en que el cuarto vuelva a su estado gélido. Te miras al espejo, esperanzado pero con un dolor dentro de ti. No sabes si vas a olvidar todo, pero abres la puerta y te retiras de la pieza con la toalla alrededor de tu cuerpo. En otras palabras: Tratas de asimilar y superar la situación. Ya nada será igual ¿No? Abrigarte a veces no será suficiente. El trago no siempre será la solución. Pero ahí estás. Haciendo tiempo. Viviendo. Elaborando el plan para olvidar. Manteniéndote ocupado durante casi todo el día. Pasando momentos de nostalgia y soledad. Pasando tiempo contigo mismo. Intentas aprender de ello, sacarle provecho. Auto-sermoneándote de que era necesario terminar con eso. Aprendiendo a estar solo de nuevo. Luego comprenderás y te olvidarás. Y entonces, ya será hora de tomar otra ducha. Y entonces, ya será momento de conocer a alguien más.



En el centro de la ciudad, un alma en pena camina sin rumbo por la plaza principal, por seis horas lleva deambulando; de la catedral a las galerías comerciales, de las galerías al centro de correos, del centro de correos a la catedral...

Con la mirada perdida, una pequeña imagen se pierde entre la multitud. Como un fantasma, nadie le presta atención, nadie quiere verla. Hace horas dejó sus zapatos y mochila atrás, pero ya nada le parece importar. Salió de la escuela temprano esa mañana, y decidió que no volvería más... Ni a su casa ni a ningún otro lugar...

Una trenza María perfectamente peinada camina sin descanso, sus bellos ojos muertos acompañan un jumper y blusa prolijamente arreglados. El ajeteo de la muchedumbre la lleva de un lugar a otro y luego la escupe sin más, como una espiga en una fuerte tormenta, solo se deja llevar... Pasaron las horas y la cantidad de personas empezó a bajar, pero el caos aumentó lentamente, los gritos se hicieron más fuertes y frecuentes.

“Queda una hora, corran, corran”

La gente corría, mientras la niña ahí seguía, caminando en círculos por la plaza central de la capital, en el caos alguien tomó su brazo fuertemente mientras le gritaba “Córrete niña. Quedan 15 minutos, deberías ser más rápida”

Pero sin ver la imagen que le hablaba, solo posó sus ojos muertos y se escurrió como agua entre las piedras de un manantial, y siguió su camino sin que nada le importara, serían nueve horas caminando ya...

Sonó la sirena... 10:00 PM. Comenzó el toque de queda.

Un silencio calló el caos... La niña caminó hacia una banca y se sentó, mientras observaba el abismal vacío de la ciudad sentía como las palpitaciones de sus pies se fundían con las vibraciones del asfalto y cemento... Inmóvil, sentía como las sombras se hacían más grandes... Esperaba que algo pasara mientras pensaba en todo, sin pensar en absolutamente nada.

A las 12:00 PM la ciudad quedó en absoluta oscuridad y pequeños rugidos comenzaron a surgir desde el cemento. Como un espejismo, a lo lejos, una sustancia viscosa de color negro comenzó a erguirse... Más negro que la noche y más alto que cualquier edificio, un ser indescriptible comenzó a recorrer las calles de la urbe... Tres luces blancas parecían ser sus ojos e iluminaban cada esquina y ventana buscando a quien encontrar despierto... Las palpitaciones de la niña captaron la atención de este ser turbio, que lentamente se acercaba a encontrarse con su presa. La pequeña lo observó atentamente, sin moverse, intentando averiguar a qué se parecía aquel ser... Cuando estuvieron frente a frente, este ente extraño sacó una lengua desde el suelo y lamió la sangre seca de los pies de la escolar... “¿Acaso no sabes que ya no es hora de jugar?” Dijo una voz cavernosa que parecía retumbar entre los edificios.

La niña lo miró sin pestañear, comenzó a reír y luego a llorar, su mente se veía inundada de imágenes difusas que no podía comprender... Se paró frente al ser viscoso, y con una sonrisa quebrada, llena de dolor, rogó “Por favor, si eres Dios, devuélveme lo que he perdido... Hoy me han robado mi amor por el mundo...”

Un suspiro, un grito y un amén. Fue lo último que se escuchó en aquella noche de Abril frente a la catedral.



En el centro de la ciudad, un alma en pena camina sin rumbo por la plaza principal, una madre busca a su hija perdida, el día anterior su pequeña le contó un secreto y ella no lo quiso creer...



Trabajamos durante un verano atendiendo un camping en Isla Teja. No era mucho lo que teníamos que hacer, recibir mochileros, guiarlos al sitio que les correspondía, entregar pulseras, quedarnos tomando durante la noche sin que el jefe se diera cuenta. Fueron dos meses y el dueño del lugar no nos pagó nada hasta que llegó marzo.

Teníamos 16 años y de pronto nos vimos con un palo que no sabíamos en qué gastarlo, vivíamos precariamente pero a ninguno de los dos nos exigieron aportar cosas en la casa. Lo hicimos de todos modos, y nos tomamos otro poco. En medio de un carrete auspiciado por nuestro trabajo un primo nos pidió que lo acompañásemos a comprar mercadería a la feria, él vendía libros usados comprados a personas que no sabían el valor de las cosas que vendían, a estudiantes y profesores universitarios que creían saber el valor de las cosas que compraban.

Solía acompañar a mi padre a la feria por lo que partir recorrido desde las antigüedades a las verdulerías era algo habitual, casi al final de las antigüedades, un poco antes de la señora que vende plantas, se encuentran las personas que venden libros. De camino al lugar mi primo me comentaba que había toda una ciencia para conseguir buenos precios, no había que sonar culto, era obligatorio vestirse zarrapastroso pero sin que esto se vea falso o “con onda” como los universitarios. Lo más importante Mari, me decía con un tono de orgullo por su análisis, es que tenís que usar frases mal dichas onda “¿a cómo están?”, nunca debes emocionarte, el casero no debe tener idea que tu sabes lo que estás comprando.

-¿Cachai ese capítulo de 31 minutos donde los locos vendían los libros por kilo? -me pregunta mientras vamos mirando de reojo las antigüedades.

-Jaja si me acuerdo JP -le dije mientras pensaba que su sistema de compra debe servir para pocas compras de feria, son pocos los espacios donde el huevon hace bien el negocio.

-Ya po, vo tenís que hacer como que no cachai y te lo llevaste por bonito.

Sus vendedores preferidos eran personas que vendían las bibliotecas de los hijos que se fueron a vivir a otra ciudad para estudiar o trabajar.

Llegando a la zona de libros pierdo la concentración de lo que me estaba hablando mi primo y me quedo pegada en un cuadro que no veía hace tiempo, me pilló de frente a la soberbia estampa de una burra estacionada en el pasillo justo en la frontera de la señora que vende plantas y los vendedores de libros. La burra está ahí con sus dueñas las cuales cada tanto van voceando el característico “leechheee e’ la buuuurrra”. Dos cosas me llamaron la atención:

1.- Una de las dueñas, o vendedoras vaya a saber uno, una mujer joven, morena, de ese moreno que no hay o más bien no había en Valdivia, metida dentro de una parca marca Kolumvia roja y un gorro ruso plomizo, a ratos se lograba ver que tenía los labios muy pintados, con el mas estridente de los rosados, y además de una sobredosis de azul en sus



parpados. Me jacto de ser una tipa desprejuiciada, pero esta imagen en aquel momento y lugar no me calzaba.

2.- La burra tenía colgado en su cuello una nota plastificada, impecable, que me llamó la atención: era una resolución del SAG, que autorizaba el comercio, tenía los logos gubernamentales, timbres, estampillas y su título era “Programa Oficial de Trazabilidad Animal”.

Las ferias por aquel entonces carecían de multiculturalidad, por lo general la gente iba a vender el producto de sus patios, tanto de los productos comestibles como los que no, los rostros del lugar no eran del color de la vendedora, tampoco eran blancos (aunque no faltaban los alemanoides), los rostros de la zona eran más bien pálidos, del color de un moreno que pasó un invierno largo alejado del sol. Me quedo pegada pensando en qué diablos significaría la palabra trazabilidad, con los años pude googlear la palabra que escribí en una libretita para no olvidarla: “La trazabilidad o rastreabilidad, como componente fundamental de los mecanismos de garantía sanitaria, es la capacidad de mantener identificados los animales o sus productos, a lo largo de las cadenas de producción, comercialización y transformación hasta su origen, con el fin de realizar investigaciones epidemiológicas o establecer acciones correctivas en beneficio de la comunidad consumidora”.

Vuelvo donde mi primo no sin antes escuchar un grito ¡¡ se cagó la burra ¡! y efectivamente, la burra dejó caer sus necesidades, y consigo un olor tremebundo. Una de las chicas que acompañaban, cuando los vecinos empezaban a vociferar, saco unos papeles de diario y rápidamente limpió los restos.

Noto que mi primo estaba muy concentrado en su actuación para notar todo lo que estaba pasado alrededor suyo, había conseguido por tres lucas una antiquísima edición del capital que le perteneció a un sobrino de la vendedora que se había ido de la ciudad. “Cacha tiene una dedicatoria de unos hueones de la RFA, no era el mejor lado pero seguro le saco algo”, me decía tratando de disimular la emoción ya que aún estábamos cerca de la vendedora.

Leo la dedicatoria y dice:

Para nuestros compañeros Tita y Raúl, como un recuerdo de más de dos años de lucha común en la R.F.A. y con el anhelo de un próximo reencuentro.

Vuestros Camaradas en la RFA (Frankfurt 14.2.76)

-¿Ta entero de joya o no? ohhh cacha una burra! -me dice el JP, yo no le respondo.

Pienso en que el clima de Frankfurt debe ser muy parecido al de Valdivia, pienso que quizás es por eso llegaron tantos alemanes a la zona, recuerdo los rallados en las calles contra los Alemanes. Pienso que aquí son los patrones del fundo, y allá eran militantes que le dejaban un mensaje a sus camaradas Tita y Raúl. Pienso que quizás Tita y Raúl fueron hijos de Alema-



nes Chilenos, hijos de dueños de fundos que se volvieron comunistas después de alguna reforma agraria. Pienso que si mi teoría es cierta la señora que le vendió el libro al JP debería verse más Alemana, entonces me corrijo, quizás fue la nana de un viejo Alemanoide y recuperó libros que encontró guardados en una caja arriba del ropero del hijx del viejo Alemán ya que el no tendría en su biblioteca los libros de un hijx marxista.

De pronto nos asalta un tipo con un sobretodo, esas gabardinas cafés que suelen usar los exhibicionistas de las películas gringas.

Hermanitos, nos dice, tengo tengo toa estas películas pa ofrecerles, mientras dice eso destapa el lado izquierdo de su gabardina y revela una cantidad de ingente de Cd's piratas puestos cuidadosamente pequeños bolsillos a lo largo de todo el abrigo que seguramente cosió el mismo.

Le decimos que no gracias nos interrumpe para decir, también que tiene juegos de play y computador, no vale hermano le dijo el Jp, y pasamos de largo .

JP vivía en río bueno, los pueblos en el sur para los que no sepan, solo tienen dos comercios importantes. Botillerías y funerarias. Más o menos uno puede determinar el nivel de depresión de un pueblo, contando la cantidad de botillerías y funerarias que hay por cada cuadra.

Avanzamos un poco, cerca del puesto de huevos, tomo a JP del brazo.

-¡Primo tengo la mansa idea! -le digo casi quebrándole el brazo.

-Ya dime que se te ocurrió pero suéltame el brazo oh.

-Mira JP, tu vivís con nuestra abuela en Río Bueno y ella tiene una boti cierto.

-Si... ¿y qué tiene?

-Hagamos un clandestino pos

-Tay más hueona mariana, la lela nos mata.

-Pero hueon no un clandestino de copete, o quizás si, hagamos un ciber. Mira por allá aún no hay buena señal de celular y no todos los cabros tienen internet en su casa. Podríamos poner un par de consolas y otro de computadores, como vo dormís en la escuela podemos dejar el local abierto por la noches. La abuela siempre ha dormido lejos de la entrada de la casa pa no escuchar a los borrachos culiaos que le piden copete a las 4 de la mañana, entonces podemos usar el portón que da a la entrada de vehículos donde no hay vehículo y usar ese espacio pa armar el garito.

-¡Oh conchetumadre dale!

Y así invertimos nuestro millón, el JP se contactó con su profe de computación y el loco le armó los compus, un vecino que se dedicaba a instalar internet, nos dejó con internet de empresa y cable a cambio de unas moneas.

Nos conseguimos unos sillones viejos a cambio de tiempo de juego.



Cobramos 300 pesos la hora, horario de 18 a 6 am y los fines 24 horas. Al principio venían compañeros de colegio del JP, cabros relativamente jóvenes (dependiendo de los años de repitencia). Con el tiempo empezaron a llegar vecinos, ellos ya estaban más viejos, al principio nos asustamos, luego cachamos que ellos no venían ni a jugar play ni a arrendar el cyber, iban a ver partidos de futbol, ver tandas completas de novelas extranjeras. Recuerdo que había uno que se quedaba toda la noche viendo películas sentado en el sillón, le gustaba el cine mexicano y las películas de Kung-Fu.

Terminamos contratando una vecina para que atendiera mientras íbamos a la escuela. En aquella época no teníamos grandes gastos y el carrete era a diario si es que así lo deseabamos, si estábamos cansados, podíamos dejar cabros a cargo a cambio de horas de juego.

Como todas las historias todo acabó cuando los decos piratas y una antena parabólica se llegaron al pueblo, digitalización rural, le puso el diario regional, el Nefli llegó a las poblaciones, ya no era necesario reunirse en un acondicionado estacionamiento de vehículos. Cagó la Pyme, nos cuenta mi abuela que cada vez que un cabro viene a comprar copete para tomar en la plaza, le pregunta si algún día va a abrir de nuevo el cyberbar de los chiquillos.

Sin quererlo yo inventé el Insert-Coin



Todo empezó como un juego, una idea lanzada en plena clase de sociología... indagar por qué los baños de la universidad eran una expresión de las normas, costumbres, convicciones y pensamientos de quienes los utilizaban. ¿Por qué fue una idea aceptada? El baño de ex magister y pabellón C eran distintos, a pesar de encontrarse en el mismo sitio.

Las odas a las paltas, la liberación y el amor propio como mujeres (no excluyente a sexo) las típicas consignas que resaltaban en un acto tan básico en nuestra rutina, como evacuar los desechos biológicos, las frustraciones ... la vida en un cubículo tan íntimo, como público.

Bajo estas concepciones y la presión de pasar el ramo, caminamos, recorriendo la Universidad de norte a sur, este a oeste, viaje símil a descubrir una sociedad en la que, de cierta manera, éramos parte.

Fueron dos jornadas, en que la “phatria”, en su mayoría deambuló por los pastos, edificios de cemento, observó a seres extraños que vestían como sujetos de otros tiempos, “pastores” que hablaban de la salvación bajo el sindicalismo y la lucha social.

Siendo unos mechones, nos desplazábamos en masa, guiados por un mapa, recurso entregado cuando fue firmada nuestra incorporación como pedarianos, eran nuestra brújula para guiar nuestros objetivos, los baños.

Las melodías más bellas, eran posible deleitarse en los baños de música; el escondite perfecto para el amor prohibido, eran los baños del Inacap (ciencias básicas) dónde subes un nivel más y las estrellas ERA posible observar; en matemáticas, los hombres debían subir, y las mujeres bajar; en artes, del edificio debías salir incluso para el sudor quitar, ya que las canchas y el vacilón de los primeros años debían tener una conexión al espacio físico de la creatividad, la sensibilidad opuesta a las letras.

Letras que me llevan a recordar el sitio contra sistema, pero disponible en el horario más extenso, era compartido por la republica independiente del noreste geográfico, la memoria y el peso de su historia.

Pabellón C, diferencial y ex magister era lo más frecuentado, donde ciertos concesos eran base de sus escritos, el cuidado por “lxs ties”.

La exploración de este mundo, submundos y círculos, llevo a reconocer sitios olvidados y destruidos en ese entonces, como el baño de física donde sin imaginar pasaste sin saber por la entrada cercana a Grecia, esa la cual a las 15:00 ya no es posible salir y llegar al centro de abastecimiento “tiempo en una botella”.

Es así, cuando el mítico alemán se presentaba en nuestros oídos ... ¿existe? ¿Aun hay personas que estudian el idioma? Eso se dejo de enseñar en los 80' ... Como buenos hijos de la curiosidad y el morbo, fue hasta donde llegamos.

La ventaja de no estar en el mundo, es ser una utopía aislada de los males y gases que te desplazan al este. Una ‘élite’ privilegiada con una bella casa, una biblioteca especializada, disponible para los 15 afortunados mechones que ingresaron aquel año, y que hoy, no sé qué ocurrió con ellos... titulados supongo que deben estar, y bueno como esto se trata de los baños, la civilización y el toque europeo, son los elementos a destacar.

La experiencia y anécdotas recogidas, finalmente se plasmaron en un paper de 30 planas, en que el marco metodológico a penas se podía sostener, ¡pero ¡qué importa!, la falta de herramientas, la educación recibida, la juventud y los tiempos acotados y perjudicados



por las tomas, eran factores que explican nuestra “enunciación no desarrollada”, pero que dicta de manera diametral con la empiria ganada.

Como el grupo curso se reducía a la “phatria”, la difusión estuvo a cargo de las conversaciones bajo la escalera, aumentando las evidencias del mítico departamento de Alemán.



Se volvieron a encontrar. Se volvieron a encontrar en el mismo lugar donde se habían despedido, en uno de esos andenes donde uno espera, espera el metro o el tren. A veces de forma paciente, otras veces de forma exasperada porque va atrasado a algún lugar o porque quiere huir de alguien, logrando escabullirse entre la multitud. Quizás se habrían dicho adiós, me gustó haberte conocido, pero no hicieron falta las palabras; un beso de despedida y esa mirada de tristeza acompañada con ese rictus de sonrisa que tanto cuesta. Para luego subirse a ese tren que no espera, que anda apresurado porque la ciudad lo exige o porque nosotros mismos lo queremos así. Entrar a uno de los tantos carros que luego se pierden a la distancia, en la oscuridad, en las ondulaciones de su camino. ¿Para qué dilatar más aquel momento?, todo había sido tan hermoso, tan ideal, pero sus caminos estaban separados.

¿Después de cuánto tiempo?, cinco años más tarde se volverían a encontrar, con un tropiezo como esos de aquellos que da la vida, ¿y quién de los dos lo imaginaria así?, en el mismo lugar. No obstante todo había cambiado, el tiempo había transcurrido muy rápido para ambos.

Que casualidad, esa mañana ella había pensado en él, en los momentos que habían compartido, en cómo se habían conocido, en cuánto lo había amado. Esperaba sentada el metro, lamentablemente llegaría atrasada a donde se dirigía, como día Sábado el transporte era más pausado.

Lo reconoció de lejos, venía acompañado de una joven, pero él no se percató de ella hasta el momento en que se fue a sentar. De seguro debe ser su nueva polola pensó ella, pero ¿que importaba?. Se miraron, se miraron en ese momento en el cual los segundos se detienen y todo sucede en cámara lenta. Sus ojos se volvieron a encontrar. Todo podría haber aflorado nuevamente, podrían haberse dicho miles de cosas desde cómo había pasado el tiempo a recordar momentos vividos. Pero ese no era el caso, ninguno de los dos habló. “Que chistoso eres tú”, le decía la chica que lo acompañaba mientras se reía. Él se sentó con un asiento de distancia de ella, no obstante existía una gran extensión que los separaba. Se había dejado crecer el cabello, le llegaba a los hombros y vestía de igual manera a como ella lo recordaba, con sus blue jeans y un polorón negro, uno de sus colores favoritos, y seguía luciendo ese aro en la oreja izquierda que lo hacía tan seductor a sus ojos.

Abordaron el metro por distintas puertas, sin embargo iban en vagones contiguos. Luego de unos minutos ella se bajó, y mientras caminaba en dirección a la escalera de salida se encontró con la mirada de aquel joven, de quien había estado tan enamorada en un tiempo ya pasado, con sus ojos color chocolate, con sus labios un poco fruncidos. Él iba en uno de esos vagones en donde la gente va amontonada, sin embargo no había obstáculos para que sus miradas se volvieran a encontrar. Se desearon lo mejor, alegrándose ambos por aquel encuentro casual, no habían palabras que decir, tan solo bastaba la mirada y una sonrisa verdadera.



LA CENA DE LA ALCALDESA

**SOFÍA TELIZKY
KINESIOLOGÍA**

La carne se lucía sobre la mesa llamando la atención de todos. Cuando llegó el momento de la cena, la gente destacó el buen trabajo que había hecho la cocinera con el conejo asado. "Deberías darme la receta, querida", destacó la concejal. "Nunca había probado carne tan blanda y sabrosa", añadió la esposa del gobernador.

Ya para el final de la noche, todos comentaban la deliciosa cena y lo bueno que había sido el plato principal. La cocinera detrás en la cocina, con una sonrisa de oreja a oreja, celebraba para sus interiores hasta que un llamado a la puerta interrumpió su fiesta. "¿Quién es?" Preguntó. "Los concejales quieren felicitarte." Le advirtió la dueña de casa. "Un momento, por favor." Corrió al mesón y ocultó bajo una servilleta los restos de piel de gato. "Adelante."



A Jaime lo conocí jugando a la pelota en la cancha del peladero. Teníamos 12 años, éramos de diferentes equipos y el marcador empatado nos empujaba a la refriega. Como yo era delantero sentí el peso de echarme al equipo encima. Lo más sano hubiera sido dejar que todo terminara en empate, pero en el fútbol la lógica de la guerra es la que impera: ganar. El Pato sacó lateral y le dio un pase al Mosca, que salió picando para arriba. Desde el centro les grité que estaba solo. Amortigué el pase de pecho, el sol me pegaba en la cara y la tierra se hacía parte de mi piel curiche. Me lancé en la diagonal ganándole en pique a los defensas. Cuando llegué al área, el Jaime no salió a achicar esperando detener un disparo desde lejos. Desde el fondo escuché las zapatillas furiosas que venían a detenerme, pero disparé a matar. El Jaime abrió los brazos y se lanzó a la izquierda. La pelota le pasó por debajo del torso y entró victoriosa a la red. Ganamos. Como era de esperarse, nos pusimos a pelear al tiro. Jugábamos de visita. El Jaime se paró lleno de tierra y me rompió la nariz de un mangazo. Inevitablemente nos hicimos muy buenos amigos.

El Jaime tenía ojos de gato y la cara estirada como un plátano. Su papá era argentino y tenía ascendencia italiana. Se vino a Chile a probar suerte y no se fue más. Al papá del Jaime le llamaban Tano, así que el hijo también era para nosotros el Tano.

Ir al colegio era todo un tema para mí y los chiquillos. No nos gustaba nada. Los profesores solo se preocupaban de si nuestro pelo estaba corto como los milicos, si nuestros zapatos lustrados o si las uñas cortas. Me daban ganas de pegarles, de escaparme. Siempre que podía, hacía la choca con el Tano. Los recreos eran nuestro espacio para coordinar las fugas. Por lo general nos íbamos por el patio y nos pasábamos por el muro que era ridículamente bajo. Al otro lado había una casa donde vivía una viejita media sorda, nunca supo que usábamos su patio como puente de fuga. Un día de escape, fuimos a la plaza de Puente y nos compramos unas Coca-Colas. Llevé mi personal y escuchamos el Kill'em all de Metallica. Cantamos a toda voz el "jit de laaai, jit de laaaa". Esa mañana estuvimos dándonos vueltas por Puente para que los pacos no nos pillaran y nos mandaran para la casa, porque esa era sacada de cresta segura.

La amistad entre el Tano y yo crecía día a día y la confianza también. Hablábamos de todo lo que pensábamos y cuando se refería a su papá, se le deshacía la cara. Me decía que él no estaba mucho en la casa, que a veces no llegaba y si lo hacía, andaba amurrado. Su mamá alegaba entre dientes que había otra mujer, pero el Tano no creía que fuese por eso.

Yo le contaba que mi mamá trabajaba todo el día cosiendo. Arreglaba manteles, vestidos, pantalones, camisas y todo lo que se podía reparar con hilo y una máquina de coser. A raíz de su esfuerzo, sus ojos día a día se iban apagando, como un petardo que se desvanece hasta explotar y apagarse. Sentía mucho miedo de imaginar sus ojos sin luz, quemados por dentro.

El papá del Tano era un tanto extraño, a veces jugaba con nosotros a la pelota y después nos trataba de cabros güeones, que no sabíamos cómo meter goles, que Maradona era un Dios, que nadie lo iba a superar, que nunca íbamos a ser buenos para la pelota. Después succionaba



con rabia un cigarro de filtro rojo y se entraba a la casa. Los chiquillos lo tomaban para la risa, creían que era como una rutina humorística. Pero yo nunca lo vi así. Me acuerdo que mi papá antes de que tomara sus cosas y nos abandonara, tenía una actitud parecida. Nos decía cosas chistosas, que nos quería y después se tomaba unas cervezas y su humor era otro. Yo creo que no nos quería. Por lo general cuando ocurría eso, agarraba las llaves y llegaba al otro día sin plata.

El sábado nos juntamos a jugar a la pelota y el Tano llevó un primo que venía de visita de Talca. Se llamaba Sebastián y era un poco más grande que nosotros. Era flaco, moreno y llevaba atrás de la oreja un cigarro que le daba un aire de adulto de pobla. Jugamos una pichanga y después nos pusimos debajo de unos árboles que nos daban sombra. Hacía un calor terrible. La gota nos caía de la frente. El poco pasto que había en la plaza nos permitió tirarnos un rato después de haber corrido tanto. “Podríamos tomarnos una cerveza”, dijo el Seba. “Sí, pero ¿de dónde sacamos?” respondió el Pato. “Mi papá tiene en el refri”, interrumpió el Tano con soltura. Yo no dije nada. Solo lo miré interrogándolo con los ojos. “Vamos a sacar una, no creo que se dé cuenta el tío”. Todos seguimos al Seba.

Como la casa del Tano quedaba cerca de la cancha, entramos diciendo que nos íbamos a lavar la cara y a tomar un poco de agua. “No me dejen cochino, miren que hoy día limpié el piso con cera”, dijo la mamá del Tano.

Encontré llorando a mi mamá en la pieza. El costurero estaba desparramado por el suelo. Todos los hilos de colores y los alfileres adornaban el piso roñoso de su habitación. Le pregunté qué había pasado, pero no me respondió, solo me dijo si podía ir a comprar pan, que le pidiera fiado a la vecina, que el lunes le pagaba.

—Pero mamá, la señora Josefa dijo que era la última vez que nos fiaba porque ya le debías 3 mil pesos.

—¡Sí sé!, dile que los pedidos han estado lentos, que el lunes se lo pago.

—Mamá...

—No veo nada hijo. Me estoy quedando ciega.

En ese momento, miré cómo a través de los visillos rasgados pasaba una nube con forma de barco. Hubo silencio. Cerré su puerta y fui a buscar el pan.

El Seba sacó la botella de cerveza del refrigerador y se la metió en la parte de atrás del pantalón y entre el Tano y el Pato lo taparon para que la mamá del Tano no los viera. Salimos de la casa victoriosos y nos fuimos corriendo a la plaza. Ese día de intenso calor fue la primera vez que tomé cerveza. Era amarga, pero me gustó. El Seba parecía un bebedor profesional porque se la tragaba como si fuera agua. Mientras todos tomaban cerveza, el Seba prendió el cigarro y nos convidó. Cuando me puse el pucho en la boca, aspiré y tosí mucho. Me mareé y quedé acostado en el pasto mirando el cielo caliente. Ese mareo me recordó ese juego de niños cuando girábamos y girábamos y después nos caíamos al suelo y todo daba vueltas como carrusel. Me reí tanto con los chistes del Seba y del Tano. Eran muy chistosos, sobre todo el Tano que siempre tenía una historia que contar. A veces



aprovecha desahogarse. “El otro día caché a mi papá terrible curao en la casa, diciéndole a mi mamá que se iba a ir. Que estaba cansado”. “Ya, pero eso pasa en todas las familias Tano”, le dijo el Seba. “Yo creo que mi papá anda en algo trucho”, respondió el Tano. “¿En qué va a andar?, si se la pasa trabajando”, le contesté. “Es que le encontré una escopeta hechiza abajo de la cama. Hay gente que le debe plata”. Todos nos quedamos callados. El sol ya se estaba escondiendo allá en el final de la cancha. El viento era muy agradable y el cigarro se había apagado.

La idea de que mi mamá se quedara ciega, me hacía pensar en mi papá. Quizás dónde estaba. Lo culpaba de todos nuestros problemas. Él era como un fantasma, solo recordaba su chaqueta de cuero y sus vinilos de rock. Su cara se me aparecía como un aura blanca. Cuando soñaba con él, solo podía ver sus manos agarrando mis juguetes o poniendo música. Tal vez ni eso hacía y era mi imaginación creando recuerdos falsos. Cuando en el colegio tenía que hacer regalos para el día del padre nunca llevaba los materiales. Solo hacía un dibujo para mi mamá donde le decía que era la mejor mamá del mundo. Si ella deja de ver, me convertiría en un fantasma, igual que mi papá.

—¡Jaime! ¿Tú me tomaste la sacaste la cerveza?

—Yo no fui papá, te lo juro por diosito que no fui yo.

—¿Quién más iba a ser cabro güeón?

El manotazo que le dio su papá le dejó el ojo morado al Tano. El Seba también se descartó, pero igual le llegó una cachetada que lo devolvió a Talca. Ese día el papá del Tano estaba borracho y eufórico. El Tano decía que lo había visto aspirando cocaína y andaba más violento de lo normal. Ahora le pegaba a él y a su mamá por cualquier cosa.

Ese mismo día, atiné a invitar al Tano a mi casa para que cambiáramos el ánimo. Vimos tele toda la tarde: Robotec, Mazinger Z y Los Halcones Galácticos. Después jugamos con las figuritas de los Thundercats que el Tano coleccionaba. Era el único de la cuadra que los tenía a casi todos. Cuando ya se hizo de noche, mi mamá nos dejó ver tele un rato más y ella se fue a acostar. Fue la primera vez que vimos una película porno. El Tano sacó un VHS de su papá que en la tapa tenía una mujer rubia, acostada en el suelo, tapada con un abrigo de piel y descubriendo ligeramente una de sus tetas. A sus pies estaba parado un hombre negro, con un yelmo dorado y sin polera. La película se llamaba *The black knights take the white queen*.

Cuando le dimos play, nos sorprendimos un poco porque bastaron dos segundos y aparecieron las minas empelota. El cuerpo curvilíneo de la mujer junto a sus gemidos nos hizo inmortalizar esa primera vez con la imagen de nuestros penes elevados por sobre nuestros pantalones. Los dos nos miramos mientras la luz de la televisión se reflejaba en el sube y baja de nuestras manos en la entrepierna. No me sentí avergonzado ni incómodo. De hecho, sentí que me desintegraba y que el Tano no podía ver lo que hacía. Que la oscuridad del comedor era el único testigo de mi erección.

Hoy era el cumpleaños del Tano, cumplía 13 años y su mamá le había organizado una fiesta con todos los amigos. Yo le envolví el último caset de compilaciones de Iron Maiden. Su papá para variar no había llegado y su mamá a cada rato iba al baño y volvía con los ojos rojos. El Tano a pesar de todo estaba contento. Hacía calor, había globos, piñata, suflés, papas fritas, Fanta, Sprite, Coca-Cola y regalos. La casa estaba adornada con las cosas de cumpleaños y



los chiquillos estaban allí. Cuando era hora de la piñata, llegó el papá del Tano con una pelota de fútbol sin envolver. “Toma, ahí tienes para que aprendas a jugar bien a la pelota”, le dijo mientras le arrojaba el balón en las manos. Sin decir feliz cumpleaños. Sin sonreír. Después se fue a su pieza y no supimos más de él hasta que todos se comenzaron a ir.

Todo se tornó un poco incómodo, pero entre los amigos intentamos cambiarle el ánimo al Tano. Rompió la piñata y después nos dedicamos a comer los dulces y las cosas que habían sobrado. Nos enguatamos con bebida e hicimos competencias de quién se tiraba peos más hediondos y fuertes. El Pato nos ganó a todos. Hizo retumbar las paredes y escapar de la pieza porque el olor a podrido ni él se lo bancó. Incluso pensamos que se había hecho caca en los pantalones.

Mi mamá fue al médico y le dijeron que pronto iba a quedar ciega. Que una operación era muy riesgosa y podía apurar aún más la enfermedad. Quedó destrozada y yo también. Su llanto se volvió el nuevo vinilo de la casa. Cuando llegaba del colegio la veía llorando cerca de la máquina de coser. Yo me rompí junto con ella.

Ya se acercaban las vacaciones de verano y con el Tano ya no hacíamos tanto la cimarra porque nos habían pillado dos veces los carabineros y si había una tercera vez, nos echarían del colegio. Preferimos aguantar el último mes de tortura.

Un día fui a buscar al Tano para que fuéramos a mi casa a escuchar el caset que le regalé, pero las cosas estaban peor. Escuché desde afuera que sus papás peleaban y llamé fuerte para que me abriera. El Tano salió y me dijo que mejor me fuera, pero no quise dejarlo así que entré y prendí la radio y le subí el volumen lo que más pude. Nos cubrimos los oídos porque sonaba demasiado fuerte. Su mamá bajó y nos gritó mientras movía los brazos como tratando de decirnos algo. Nosotros seguíamos con las manos en los oídos. Ella apagó la radio y se secó las lágrimas. En eso, se escuchó una detonación. La tía gritó y se cubrió la cara con ambas manos mientras el Tano apretaba sus puños con ansiedad. Yo me perdí mirando una foto que estaba en la pared de la casa: aparecía el Tano cuando chico junto a su mamá en la playa. Imaginé que su papá había sido el fotógrafo porque no salía en ella.

Subí al segundo piso. El papá del Tano estaba sentado en el suelo de la pieza y su cabeza colgaba mirando al suelo. Daba la sensación de que estaba llorando o rezando. Mi respiración agitada le daba movimiento a su cuerpo, luego me percaté de su barriga agujereada, cuando me acerqué a mirarlo pude ver su cara y sus ojos me recordaron a los de mi madre.

Vi a mi mamá sentada en una orilla del sillón, con la mirada fija en un punto perdido de la pared. Ella no estaba llorando, pero yo sí.



EJERCICIO

GUSTAVO ESPINOZA HERRERA
FÍSICA

Esta es la historia de Rodrigo, digamos que se llama Rodrigo ya que decirle Laura sería revelar al mundo su técnica. Rodrigo tiene un trabajo típico de oficina. No hay mucho que decir al respecto. Es una de esas empresas grandes con suficientes empleados como para que no se note, a simple vista, si falta alguien. Tiene toda la planta diecisieteava y dieciochoava de un flamante edificio a un costado del costanera y las lujosas oficinas del veintidós para cargos altos y reuniones importantes.

Rodrigo siempre estaba aburrida, no hacía más deporte que empujar su silla con ruedas y girar ocasionalmente, no le alcanzaba el tiempo para un gimnasio. Trato de subir las escaleras todos los días, pero solo lo logro una vez. Descubrió que son de emergencia y, al llegar al piso diecisiete, debió llamar por teléfono a una compañera para que le abriera la puerta, lo que activo una alarma y una advertencia a todo el personal.

Pidió que dieran al menos una hora para el ocio, hacer deportes, yoga o alguna cosa similar, un pequeño recreo diario fuera de la hora de almuerzo. La respuesta fue que todos debían ir cinco horas los sábados para recuperar el tiempo perdido. Nadie accedió.

Pero Rodrigo no se dio por vencida. Lleva año y medio haciendo treinta minutos de ejercicios antes de almuerzo y otros treinta después y nadie se ha dado cuenta. Su técnica es simple. Como era secretaria, a Rodrigo siempre la mandaban a entregar recados y cartas de un departamento a otro. Se le ocurrió tomar muchos papeles y trotar levemente. Nadie lo notaba, era perfecto. Iba por todos los pasillos y nadie sospechaba. Aprendió a elongar en los cortos tramos en ascensor y a disimular su vestimenta para que no se notara la ausencia de tacos que siempre odia.

Ganó varias veces el premio, moral, de empleada del mes. Rodrigo siempre estaba al día con su trabajo, pero el que la vieran siempre ocupada sorprende. La ascendieron a contadora, aunque obviamente sin su paga por no tener el título. Pero sigue ejercitándose de la misma forma, hasta le dieron dos veces más el premio desde que tiene su nuevo cargo.

Le da miedo compartir su técnica, pero ya le da pena ver a sus compañeras estresadas y ver como rinden menos que ella y cree que esa hora de ejercicios es la solución de los problemas de todo el personal, no solo de Rodrigo.

Mañana ella convocara a que todos se sumen a su petición a viva voz mientras se pasea de cubículo en cubículo. El jueves pasara dos horas en una lenta, tediosa e improductiva reunión con tres de sus cinco jefes, reunión que todos notaran. El viernes la llamaran muy tarde para que no se presente más desde el lunes. El siguiente miércoles se enteró de que existía un sindicato en la empresa que nunca se pronuncio y que, sospechosamente, solo tiene miembros antiguos y de altos mandos mientras le informa que no tiene como demandar ni reclamar por el pago que le deberían hacer por el fin del contrato.



Camino a casa, finjo una cojera para poder ralentizar el paso. No es la primera vez que lo hago. Cuando tenía once fingí que me había roto un brazo para no tener que dar exámenes de ningún tipo, aunque no funcionó del todo bien, pues, siendo sincero, esas malditas pruebas podían ser perfectamente evaluadas de manera oral. La cojera, con ese pie arrastrado y el ritmo acompasado con que el muslo debía tensarse más de lo acostumbrado, me regaló una paz y tranquilidad con las que pude recordar esas paupérrimas composiciones en mi guitarra acústica. Malos tiempos para ese artista tan prometedor y visionario. Nunca fueron buenos tiempos. Bueno, no puedo negar que en algunos instantes de mi vida hubo felicidad, cantos gregorianos, embriaguez sin consecuencia o amaneceres en casas desconocidas, podría seguir enumerando lo que de aquellos años, siempre amargos, me mantuvo con vida, pero el terreno se ha vuelto desafiante y me estoy replanteando la idea de seguir con esto o asumir las cosas como son. De todas formas me duele el pie, me viene doliendo hace tres meses y ahora que se me ocurre fingir resulta que me duele menos. Entre la risa nerviosa que se me escapa, piso un casquillo.

¿Qué diría mi hermana si me viera en esta situación? A veces pienso que esta fue la mejor decisión que pude haber hecho por alguien más, por ellos. No me molestan las palabras cuando me las dirigen con violencia ni cuando alguien las comprende con más precisión, pero los demás no pueden entender lo que significa esto como los que intentaron esto antes. No pueden. Tampoco me molesta tener noción de que más allá, a la subida de una colina o a la vuelta de una esquina, se me acabe la vida. Vengo con fecha de vencimiento cual caja de bombones, cual presidente en su gobierno. Estas reflexiones llegan por una cojera falsa que no es tan falsa.

La pierna me duele más y creo que estoy empezando a arrastrar ambos pies, quizá es que estoy muy desconcentrado pensando en mi vida, de todas maneras eso no puede ser algo malo, aunque creo que ya ha sido suficiente. Suspendo la cojera y me aseguro de que estos tres meses no se conviertan en cuatro, aunque triste veo que serán seis o siete. Es definitivo, no puedo mover la pierna. El chiste me ha salido caro y no puedo retrasarme más, me están esperando en casa y no quiero llegar con este aspecto trágico, aún me falta mucho por delante y apenas he conquistado un treinta por ciento del trayecto.

Me duele mucho. No había vuelto a sentir una clase de dolor como este desde que debí dejar pasar la oportunidad de volverme otra persona. Me asquea verme en este estado febril y decadente, no estoy acostumbrado a estos ataques de humanidad, a los pensamientos que me enfrentan a la realidad y que me enrostran las consecuencias de mis actos. El sonido de los casquillos que arrastra mi pie se vuelve tan metálico y vacío, el dolor tan punzante y palpitante, tan sangriento y vírico. Me arrastro por el suelo con un llanto inanimado, lamentable. La sangre colapsa dentro del zapato y sale cuando intento levantarme, la pisada húmeda de la pierna fría y acalambrada, el recuerdo horrible de ese rostro desfigurado por intereses ajenos. Una celebración momentánea y el estruendo bombástico y caótico y desesperante de la multitud amontonada. Encuentro un asiento libre. Me siento en él pausadamente con los ojos cerrados para negarme ese mundo del deber. La pierna sigue doliendo, la zapatilla aún no se ha secado y el calambre del cuerpo se transmite a mi cabeza. Me golpeo con el puño en la rodilla, el mejor remedio para un músculo mañoso y cobarde. “Falta muy poco para llegar al destino final, no es el momento de parar”, digo esto



y sigo. Y sigo adelante escuchando nombres por todas partes, gritos y sonidos misteriosos que ondean en el ambiente formando una armonía caótica pero distinguible dentro de los otros caos. Soy un hombre muerto que va caminando a través de trincheras y fusiles plateados, o es que la deshidratación ya ha alcanzado el punto crítico en mi sistema.

Oigo ladridos y pasos detrás de mí, una vara metálica golpea mi pierna buena, piso con la otra descuidando el hormigueo y el colapso físico, me voy directo al suelo. Los casquillos se pegan en mi cuerpo, pero son inofensivos. Lo que no puedo evitar son las patas del animal que me pasan por encima y la vara que me dibuja en el suelo. Alguien me dice “perdóneme” y sigue caminando, y me quedo ahí, dibujando mi contorno con tiza blanca. Mi contorno es raro, algo tembloroso y pálido, debe ser la pérdida de sangre. Recibo una llamada telefónica que solicita mi ubicación, respondo en el tono más convincente posible pero no me creen. Se despiden de mí con un “cuídate” y calculo cuánto tiempo falta para llegar al paradero final.



Recordé a un tipo flaco, de extraño contorno guapo, como si fuera porcelana rota en el concreto irregular, esas eran sus simetrías o sus asimetrías. Tocaba el acordeón en esa entrada de un mall puertomontino donde el viento se volvía ráfaga huracanada. Ahí solía pararse con su mismo repertorio de siempre, cerca de un puestito de churros, los mejores del pueblo, según quien escribe, con su correspondiente azúcar flor. No recuerdo su nombre, ni creo, sea preponderante, pero recuerdo las burlas de la gente hacía él, por ser un creído que siempre tocaba "La Dispute" de Tiersen. Eso sucedía -las burlas- en un bar a dos cortas cuadras de esa entrada, pasando por el viejo cuartel de Policía de Investigaciones, donde violaron tantos derechos humanos de sureños de alma más verde que roja. Ah sí, "Comida y Sabor", restaurante de mal menú y precio inmerecido durante el día, pues en la noche llamaba a todas las marginalidades y las pretendidas como tal a consumir botellas y botellas de cerveza, malos cócteles, pésimas poesías y paupérrimas bandas, todo con ese olor a moho que era imposible de extirpar, más el pelo mojado por la lluvia, una condensación nauseabunda de humanidad, que todo(x)s estábamos dispuestos a soportar de buena gana por unas palabras, por unos abrazos, por simplemente, ser reconocido(x) s por entrañables o anónimo(x)s. A ese mismo bar -se recorrían los mismos bares de un perímetro acotado y se repetían las máscaras que confesaban sus exageraciones- solía llegar el tipo del acordeón para sentarse en cualquier mesa pues todo(x)s le reconocían, incluso se sentó en mi mesa con esa corporalidad que me intrigaba y lo sabía porque una oruga recorría la médula espinal hasta el cóccix, y estando ahí, comenzaba a dar vueltas hasta provocar que mis ojos se clausuraran en cinco segundos de inexplicable e impúdico placer, con la mente en blanco para el croquis de salvajismos o la alta estética, esta última, una tendencia de mi formación. Jamás pasamos del cortés saludo, quizás, un intercambio de oraciones para centrarnos sin aspavientos ni incomodidades forzadas en las personas a nuestro lado, era lo fácil, pues ninguno estaba dispuesto a tensionar sus cuerdas vocales sobre la lluvia de estridencia proveniente de la nube de humo de cigarrillos inagotables, Jamás nos sentamos lado a lado. Siempre estabas ahí, mientras pasaba mirando hacia occidente como si allende los océanos se encontraría algo que me faltaba, o más bien, la oportunidad de dejar esa vida que transitaba y siempre con la misma música. "Le fabuleux déstine d'Amelie Poulain" causó honduras reflejadas en ese acordeón, su sonido era sentido y vibrante. Sus repeticiones pues, eran fabulosas para ese simple acordeón, para esas hermosas manos que se tensionaban con tanta gracia y erotismo masculino, pues los géneros son fruto de una conciencia estribada en las tragedias, a excepción de las manos, donde se encuentra el descubrimiento del sexo y su intimidad.

La última vez que recuerdo verle fue en una noche en que el invierno hacía gala de rajar los cielos del comienzo de la Patagonia, que se extendía casi sin caminos más que el agua hacia puntos aún más meridionales. Llovía. Y si pensabas que llovía con fuerza, aún podía llover con personalidad fiera. Mientras caminaba, absorto en mis pensamientos, jamás taciturno, en la soledad urbana absoluta y sin un peso con que abordar un taxi colectivo que me acercara a la pequeña casita en la Población Modelo, le vi caminar en dirección opuesta a la mía, a nuestro encuentro casual empapados de agua fría corriendo como cascadas en los recovecos del relleno sintético de nuestras parkas impermeables. Confieso



que no sabía quién se me acercaba y el temor hacía chasquear mis dedos, era la única persona que había visto esa noche después de abandonar, por esa jornada, mi trabajo en una biblioteca universitaria, además de las personas embutidas en los taxis colectivos lo que me causaba una honesta envidia.

Me saludó y le saludé, sin embargo, nos vimos envueltos en las preguntas posteriores de la cortesía, detenidos en una explanada llena de charcos –estábamos sobre uno- y le vi por primera vez, le vi a sus ojos y entendimos que buscábamos refugio y compañía, pero tal fue mi cobardía en aquel momento confuso que renequé de las intenciones francas de mi persona y de este hombre y su acordeón. Quizás podríamos haber comprado un destilado de varios grados alcohólicos y lo hubiésemos comenzado a beber en la calle misma, sin temor al control policial, pues la lluvia asegura que éstos no salgan del calor de sus comisarías, comiendo y aburriéndose en sus turnos insípidos, entre una y otra emergencia que los despabilaba de sus voluntades modorrientas. Quizás, al llegar a casa, le hubiese pedido que se sacara la ropa húmeda, mientras todo afuera arreciaba y buscaba entre mis ropas, algo cómodo, para descubrir que su mirada en aquella explanada era otro tipo de compañía.

Hoy, porque simplemente no somos, sino nos vamos haciendo en este correrío, hubiese identificado sin premuras tal mirada, lo hubiese guiado con celeridad a mi casita, previa compra de un destilado, cigarrillos y estando al interior, mientras las aguas del mundo desfilaban fuera de mi entrada, te hubiese sacado la ropa con la voluntad de mis manos para dejarlo en la desnudez de un pellejo frío que con mi propia biología, me hubiese encargado de combatir los signos de la hipotermia y consolar las carencias que deja la necesidad de compañía, tan sólo para escuchar “La Dispute” en un ofrecimiento personal, donde la atención recaería en mi mismo, al fin, sin el barullo de la humanidad, sin el sonido de todo(x)s.





Dirección de Asuntos
Estudiantiles
2019